

¡UN MOJITO,

**POR
FAVOR!**



Ariadna Baker

iUN MOJITO,
**POR
FAVOR!**

Primera edición

¡Un mojito, por favor!

© 2020, Ariadna Baker

© Imagen portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Dedicatorias

A mis cubanas: Zulema, Claudia, Dai y Lia, por ser mis primeras seguidoras en los comienzos, hoy mis amigas del alma...

A Reme, Dylan, Hugo, Sol y Jenny, sin ustedes aún andaría perdida en este mundo que comenzó siendo nuevo para mí.

A Paz, Carmen, Mercedes y Ana, por haber formado para del relato que dio vida a esta novela y por ser parte de esta familia virtual.

A mi gran amor, quizás esta es nuestra historia oculta en una de las tantas historias que escribí. Quién sabe...

A la tribu, ese grupo con el que comenzó un relato que culminó en esta novela.

A mis lectoras, sin ustedes no tendría sentido nada...

A Cuba, esa isla que conquistó mi corazón y mi alma.

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

CAPÍTULO 10: FIDEL

CAPÍTULO 11: FIDEL

CAPÍTULO 12: FIDEL

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

REFLEXIONES DE FIDEL

Capítulo 22

Capítulo 23

EPÍLOGO



PRÓLOGO

El sol abrasaba no solo la piel, sino las entrañas mientras Camila, bolsa en mano cargada de ropa y esperanza, caminaba a paso ligero por las calles adoquinadas de La Habana para entrar en su casa y darse una buena ducha.

Tenía unas ganas inmensurables de abrazar a su hijo Fidel, las mismas que tenía de echar una cabezadita antes de volver al mundo real, al mundo de ama de casa que se sacaba unos cuartos cosiendo para la calle.

La cosa estaba difícil allá y todos se las tenían que ingeniar para llevar un plato caliente a la mesa. Suerte que Fidel había encontrado trabajo como camarero en un bar para hispanos y gringos. Sin duda, él era el sustento de la casa. Si no fuera por su Fidel...decía siempre.

Entró por la puerta y dejó el saco de ropa, al que llamaba bolsa, en uno de los laterales del recibidor, no tenía ánimo para ponerse ahora a lavar, ordenar y planchar. Se descalzó en la entrada para no ensuciar el piso y se fue directa a la cama.

El viaje a las afueras de La Habana para estar con su familia había sido muy enriquecedor, pero agotador a la vez y era hora de descansar, así que se fue a la cama y se desplomó como si llevara siglos sin poder tumbarse para relajar sus atormentados huesos.

Se despertó dos horas después. El calor era insoportable y fue a darse una buena ducha fría, pero no era suficiente, y sentándose en la mesa del sofá, encendió el ventilador. Era un soplo de aire fresco revitalizador.

No sabía dónde estaba Fidel, lo había buscado al llegar en cada una de las estancias de la casa. Estaría por ahí disfrutando de su

juventud con sus amigos o eso imaginaba. La verdad es que no habían tenido una vida fácil y él no había tenido una infancia del todo feliz, su padre había muerto en un accidente de tráfico y los había dejado solos.

Ellos estaban orgullosos de que hubiera luchado por la familia, por el país, por la sangre, pero les había dejado un gran vacío irreparable y aquello los carcomía por dentro.

Dejó de entablar conversaciones con su propio subconsciente y se levantó para coger un vaso de agua y volvió a sentarse en la mesa. Allí había una especie de televisión pequeña que Camila no había visto nunca.

Se imaginó que era de su hijo, pero la curiosidad mató al gato y la cogió entre sus dedos para examinar ese cachivache que no había visto en su vida. Al cogerlo, apretó un botón y la pantalla se encendió como si de luces de neón se tratara.

Allí había escrito lo que parecía un libro dentro de la pantalla. ¿Acaso aquello era posible? Camila jamás había visto una Tablet y mucho menos un libro digital, así que para Camila casi parecía brujería.

Empezó leyendo las primeras líneas y se quedó asombrada. Era la historia de unas amigas que viajaban a Cuba para encontrarse con otras. Al principio Camila no entendía bien qué estaba sucediendo, pero aquello la enganchaba más y más y no podía dejar de leer.

Aquellas chicas iban a Cuba, ¡a Cuba! Su tierra, su mundo, su vida. Eso la animaba más y más. No entendía bien por qué se hacían llamar la tribu, ¿eran de alguna tribu indígena? Debería preguntárselo a Fidel cuando volviera a casa.

Siguió leyendo y descubrió que había amigas en ese grupo que vivían en Cuba. Quizá las conocía y podía tomar un café con ellas para que le contaran si aquello era real o solamente una invención.

La verdad es que, aunque allí vivía mucha gente, todos se conocían y preguntando se llegaba a todos lados.

Tomó un trago de agua y prosiguió su lectura animada, hasta se le había pasado el sueño y tenía los ojos como platos dispuesta a leer mil y una historias de su Cuba natal.

Rio cuando leyó cómo las chicas se morían de calor al llegar a Cuba, ella llevaba allí desde que nació, hacía ya más de sesenta años y todavía no se había acostumbrado a ese clima tan característico, pero sabía que ya no podría vivir de otro modo, se había acostumbrado a ello.

Las siguientes líneas hablaban en unos términos un tanto ardientes de los mulatos de la zona. Todas los amaban, en especial una de ellas, que los veía y se los quería comer a todos, como si fueran helados de chocolate con los que derretirse después de darles unos cuantos lametones.

Camila reía como una loca ante las ocurrencias que iba leyendo, incluso cuando apareció un chico, que tenía la sensación de que era de muy bien ver. La verdad es que no le hubiese importado para nada tener cuarenta años menos y darle un buen repasito. Ya era mayor para engañarse a sí misma, pero soñar era gratis. Dylan se hacía llamar en aquellos escritos que con tanta atención leía.

Le gustaron las promesas que hacían entre ellos y entre ellas y le encantaba que admiraran su lugar de origen catalogándolo como un lugar mágico al que sin duda volver algún día.

Y entonces se quedó helada ante lo que vieron sus ojos. Allí, en aquel inicio de página se encontraba un nombre muy conocido para ella, y rogó al Dios suprema que fuera él y no otro, su querido hijo Fidel.

Él y una tal Ariadna coqueteaban sin cesar, y aunque ella se hacía la difícil, provocándolo a cada momento, en el fondo le gustaba, más de lo que quería confesar. Si es que su hijo era muy bello, tanto por fuera como por dentro.

Camila no sabía si realmente era su hijo, aunque quería pensar que así era, sobre todo porque la historia se tornaría mucho más interesante y la vería con otros ojos, o más bien la leería desde otra perspectiva.

La chica, que supuestamente bebía los vientos por su hijo, se bebía hasta los charcos de los suelos, algo que Camila no aprobaba, pero se propuso que, si en verdad existía y podía encontrarla, corregiría esos malos hábitos para que fuera una muchacha de buenos hábitos y porvenir.

La lectura avanzaba y con ella las ganas de saber qué le ocurría a Fidel, al que ya había adjudicado desde el principio que era su hijo en carne y hueso, ya que coincidía el aspecto, la manera de hablar y de moverse, hasta las formas, sin duda, era su Fidel.

La verdad es que habían conectado desde el primer momento. Aquellos ojos llenos de vida se habían entrelazado y las chispas habían saltado, algo fuera de lo común, como si el mismo cupido hubiese bajado a la Tierra para tomar el pecho de cada uno de ellos y clavar la flecha del amor, la de Ariadna en el pecho de Fidel y la de Fidel en el de Ariadna. Y eso es de valorar, porque pasa muy pocas veces en la vida y hay que sentirse afortunado cuando ocurre. No todos pueden decir que alguna vez se han enamorado de verdad.

Parecía molestarle a Ariadna que su Fidel le llamara mi amor con L final, pero es que en Cuba era la manera de hablar habitual, las erres les resultaban en algunas posiciones difícil de pronunciar, así que, si esa chica quería estar con su hijo, debía hacerse a la idea.

Y entonces la tal Ariadna se lanzó, o quizá fueron ambos, sí, lo fueron. Camila iba leyendo y se iba emocionando por momentos, ya que por primera vez su niño y la chica del drinking iban a tener una cita.

Tomó otro sorbo mientras los nervios se la comían por dentro, se la comían como la pareja se estaba comiendo una buena hamburguesa cubana en uno de los restaurantes más caros de la zona, destinado a los extranjeros, por supuesto.

Ella también moría por comerse una hamburguesa, pero su sueldo de costurera apenas le daba para comparar la comida más básica y pagar la luz.

Por suerte, su esposo se había encargado de pagar la casa antes de marchar.

Camila odiaba pedirle dinero a su hijo para cualquier cosa que no fuera la casa, por eso no había podido comerse una buena hamburguesa o comida copiosa desde hacía años, sin embargo, no lo necesitaba, había cosas más importantes que eso.

Continuó con la lectura y vio cómo su hijo se llevaba a la guapa muchacha al malecón. Cuántas veces le había llevado a ella su querido Ernesto al malecón cuando eran jóvenes. Habían sido

tiempos difíciles, todos los años que pudo pasar con él antes de que se lo arrebataran.

Fidel, como buen cubano educado, no se había abalanzado sobre la chica, sino que se había comportado como un gentleman y eso era de valorar. No todos los cubanos eran tan caballerosos, la mayoría se abalanzaban sobre las chicas para vivir el momento. Solo los pacientes vacían la pena o al menos eso pensaba Camila.

Le habló de una novela que ella estaba haciendo mientras tomaban tragos entre canción y canción y disfrutaban de los ritmos cubanos, tan característicos en el mundo entero. La verdad es que no pasó a más, y a la madre de Fidel le sorprendió que la juventud no se tirara al cuello a la primera de cambio.

Como buen caballero, la dejó en casa que tenía alquilada para esas vacaciones con un beso en la frente y se marchó a la suya. Él estaba muy enamorado, se notaba a leguas, se olía en el ambiente y no quería saber cuándo se marcharía Ariadna para evitar ese dolor en el corazón que sentiría al ver marchar ese amor tan repentino que a veces pone el destino en el camino, sin esperarlo ni quererlo, pero más fuerte que cualquier cadena de titanio.

Camila recordaba, a medida que iba leyendo lo que ocurría en la novela, su historia con Ernesto, como siendo niños él le había bailado con una flor entre los labios y sus ojos verdosos la habían atrapado inevitablemente para no soltarla jamás.

Fidel había hecho el típico baile de cortejo cubano, algo que se veía a menudo por allí, sobre todo cuando se quería encandilar a una extranjera, como era Ariadna.

Al día siguiente, después de la primera cita, ella se presentó en el bar donde él trabajaba a la hora convenida, a las seis de la tarde, ya que ella lo había retado a hacerle un examen sobre el libro que le había recomendado, uno suyo por supuesto, aunque había omitido esa información.

Pero Fidel, que era muy espabilado, y se había dado cuenta de que ella era la autora del libro que le había recomendado.

La verdad es que era bastante notorio, ya que ella hablaba como escribía y era fácil pillarla en cuanto leías las primeras páginas. Así

que Fidel, que las captaba al vuelo, se lo confesó y ella tuvo que asentir, pillada.

Aquella tarde, una vez él acabó su jornada laboral, fue con toda la tribu, en la que se encontraba Ariadna, a comer una pizza. Deberían comer menos comida basura y beber menos, ains, estos niños van a acabar obesos todos, pensaba Camila para sus adentros.

Todos fueron entonces al malecón a disfrutar de unas buenas copas, buena música y a mover el esqueleto. La verdad es que se lo pasaron de lo lindo, según pudo leer Camila en la Tablet.

Y entonces ocurrió, mientras que Dylan y Fidel hablaban y Ari bebía todo tipo de cócteles, esta última no dejaba de darle vueltas a por qué su moreno todavía no la había besado. Da gracias, hija mía, a que no se te tire al cuello, sino ya puedes pensar que para él eres solo un trozo de carne que quiere catar y si te he visto no me acuerdo, pensó en voz alta Camila.

No pasó mucho tiempo hasta que Fidel invitó a Ariadna a pasar la noche con él. Ella aceptó gustosa, pues deseaba fervientemente un beso del mulato.

Pero no llegó de buenas a primeras, él dilató el momento todo lo que fue posible hasta que, cuando ya no lo resistió más, habiendo llegado a la casa de este, se fundieron en un beso que por poco salieron de los labios que se friccionaban un sinfín de fuegos artificiales.

Tras ese primer contacto, se suceden en los diferentes espacios de la casa otros más íntimos, y la verdad es que Camila intenta leerlo de una manera más neutral, sobre todo porque no deja de ser su hijo y su casa. En todo caso, en un abrir y cerrar de ojos ya se han acabado ese tipo de escenas más subidas de tono y ella tiene que tomar otro sorbo de agua para refrescarse antes de continuar con la lectura.

Rememora por un momento lo leído hasta ahora; cómo las chicas han venido de viaje turístico y se hacen llamar la tribu, cómo se han alquilado una casita para pasar estos días en Cuba, cómo se han bebido hasta las fuentes de patos, cómo ha aparecido por sorpresa Dylan para revolucionar a las chicas, cómo Ariadna ha

conocido a Fidel y se ha quedado prendada, cómo han tenido su primera cita, su primer baile, su primer beso, cómo han estrenado la casa de Camila con su pasión y fogosidad, cómo saben que esto que sienten tiene fecha de caducidad, aunque se nieguen a admitirlo y cómo han descubierto que son perfectos el uno para el otro y que en otras circunstancias podrían ser la pareja más feliz del mundo.

Fidel le ha confesado a Ariadna que no quiere saber la fecha de la marcha y ha pedido unos días libres en el trabajo para poder pasar todo el tiempo que sea posible a su lado, aprovechando cada segundo antes de que tengan que separarse.

Pero a ella se le escapa de que los días que le quedan aún en Cuba son los mismos que él tiene de fiesta y de ese modo su hijo descubre cuánto tiempo le queda con Ariadna antes de que deban separarse.

Ese mismo día, junto con las chicas de la tribu y Dylan, fueron a Viñales, en Pinar del Río, a pasar el día. La verdad es que Camila había ido allí más veces de las que podía recordar, la conocía como la palma de mi mano.

Hicieron snorkel y después, al volver, cenaron en La Fábrica de Arte mientras escuchaban música cubana típica, cosa que había que el ambiente enamorara todavía más.

Fidel volvió a pedirle a Ariadna dormir con él, la verdad es que no esperaba solo dormir con ella, sino pasar cada segundo con ella antes de que se marchara y así saber que no había perdido ni un segundo desde que había encontrado la que podía ser el amor de su vida.

Todos fueron a la piscina para pasar el día, la verdad es que Fidel se llevaba muy bien con todo el mundo, por lo que podía leer su madre, si es que el niño era un encanto, y no porque ella fuera su madre, sino porque era la verdad.

Siempre tenía conversación para todo el mundo y todas y cada una de ellas eran de lo más interesante. Además, si unías buena conversación a copa, era el sùmmum del buen rollo. Siguió leyendo intrigada para ver qué sucedía.

Ariadna decidió hacerse una pequeña mochila y llevarla a casa de Camila y Fidel, ya que tenía la intención de pasar allí lo que le

quedaba. Aquel día hicieron excursiones que culminaron en la Plaza de la Revolución.

Aquella era la última noche que Fidel y Ariadna pasarían juntos, puesto que ella debía volver a Madrid al día siguiente. Él le suplicó que cuando se separaran, no lo olvidara. Pero ¿quién podría olvidar al hombre del que estaba enamorada?

Era imposible de olvidar, sobre todo porque aquello no lo habían vivido nunca. Hicieron el amor, pero no para satisfacer sus instintos primarios más profundos, sino para demostrarse el amor y el respeto que se sentían.

¿Por qué las cosas no podían ser más fáciles? No era justo que cuando por fin encontrabas a tu complemento debieras dejarlo marchar. En ocasiones el destino podía ser muy cruel.

Se despidieron a desgana, con los ojos empañados en lágrimas, aunque disimuladas para no dañar más aún al otro, y mientras que Fidel se quedó trabajando en el bar, ella emprendió el viaje hacia el aeropuerto junto con las chicas y Dylan.

No quería volver, sino quedarse allí con Fidel, lloraba como una magdalena, pero era lo que tenía que hacer, así que, aunque le partía el alma hacerlo, se dirigió al aeropuerto y cuando ya iba a subirse al avión, vio a Fidel correr hacia ella, con un sentimiento a flor de piel que se apreciaba por doquier.

Se besaron, con una pasión arrolladora y una desesperación de dos amantes que debían separarse a desgana. A Camila se le saltaron las lágrimas y apenas podía seguir leyendo lo que ocurría. Se las secó con el dorso de la mano para poder acabar de disfrutar de esa historia tan bella. Finalmente, los amantes enamorados, se despidieron entre sollozos sin saber si podrían volver a encontrarse alguna vez de nuevo.

Voló entre lágrimas y el apoyo de los suyos hasta volver a Madrid, donde hacía pocos días había zarpado para vivir mil y una aventuras con la tribu. Quién le iba a decir a Ariadna que iría a vivir una aventura y encontraría el amor en esta.

Camila, una vez hubo terminado el libro, se levantó de la silla, se decó nuevamente las lágrimas y tomó el último sorbo de agua antes de aclararse la garganta para hablar.

—Es historia no puede acabar así, es demasiado mágica y especial. Voy a hacer lo que esté en mi mano para que esa historia no se acabe así y puedan de verdad tener su historia de amor y tener el final feliz que merecen.

Camila buscó entonces el nombre de Ariadna Baker en busca de un número de teléfono para contactar con la que podría ser su futura nuera de ser encontrada. Pero, ¿acaso era tan sencillo encontrar el número de la escritora que le había robado el corazón a su hijo?

—¿Mamá? —Fidel apareció entonces por la puerta de entrada.

—Mi amor —corrió a abrazarlo.

Él aún no lo sabía, pero todo lo que Camila se prometía lo cumplía y esto no iba a ser diferente y en este caso lo que había empezado en Cuba no se quedaría en Cuba.



Capítulo 1

Miré por la ventanilla del avión mientras este despegaba con rumbo a Cuba, tres meses después del viaje a aquella isla donde se quedó una parte de mí.

Me puse los auriculares y escuché esa canción que tanto marcó aquel viaje “Cuba, isla bella”.

Nadie sabía que volvía, ni siquiera las chicas, además, sabía que Zulema estaría en casa de Claudia durante dos meses por un programa de televisión en el que había sido contratada en La Habana, así que las tendría fácil de localizar ya que ella era de otra zona de la isla. No tenían ni idea de lo que les esperaba...

Lo primero, sabía que me iban a matar por lo que yo había hecho, alquilar una casa allí en vez de irme con ellas, pero necesitaba mi espacio, escribir, mis cosas y no me gustaba meterme tanto tiempo en la vida de nadie, aunque las vería casi todos los días, con ellas había tenido contacto a menudo durante este tiempo.

Con Fidel... Bueno, con él había hablado todos los días, no horas, ni nada de eso, pero nos preguntábamos siempre como estábamos y demás, no queríamos profundizar en nada ya que sabíamos que lo nuestro era como algo imposible, aunque ya había empezado a dudar hasta de eso y ese amor que había dentro de mí es lo que me llevó de nuevo a embarcarme en este viaje y no de una semana, no, sería de un mes...

El vuelo lo pasé pensativa, nerviosa, viendo fotos de la vez anterior y un sinfín de cosas que me hacían emocionar con tantos recuerdos.

—¿Estás bien? —preguntó una azafata agachándose al ver las lágrimas recorrer mis mejillas.

—Sí —sonreí—. Solo lloro de emoción viendo fotos de mi anterior viaje a Cuba.

—Entonces no me preocupo —su sonrisa era preciosa—. Cualquier cosa que necesites, me avisas.

Yo iba con dos personas más dispersas en primera clase, ya que la compañía me había ofrecido por unos puntos esa posibilidad y por un suplemento que era poco, así que no me lo pensé al ser un viaje tan largo, de ahí el trato tan cercano de la azafata conmigo.

Las horas se me hicieron días, me sentía con un nudo en el estómago y una cosita que no podía explicar, puros nervios, hasta me estaban dejando sin fuerzas.

Y por fin aterrizamos en La Habana, salí la primera, me fui flechada a pasar el control policial y esta vez... ¡Me tocó el mismo! Aquel mulato que me impactó en el primer contacto con aquella tierra.

Se me quedó mirando como si le resultara familiar mi cara, luego comprobó que ya había estado allí tres meses antes.

—Te gustó mi país por lo que veo... —Puso una amplia sonrisa mientras me miraba.

—No sabes hasta qué punto... —sonreí nerviosa.

—Bienvenida de nuevo —me devolvió el pasaporte y me hizo un guiño.

—Gracias.

Fui directa por las dos maletas, esta vez llevada dos de las grandes y una de mano, además de infinidad de regalos para mis niñas y, por supuesto, otros para Fidel.

Salí de allí rezando por que no me pararan y me hicieran abrir la maleta, no se me había ocurrido otra cosa que meter botellas de vino de España, un queso y hasta un jamón deshuesado, pero tuve suerte porque si me lo hubiesen pillado me lo quitan fulminante.

El calor era más intenso aún, ya que era julio, un mes en el que se hacía más fuerte si cabe.

El señor que me había alquilado la casa me esperaba fuera con un cartel así que di con él rápido, me presenté y pusimos rumbo al apartamento entre la Plaza Vieja y la Plaza de la Catedral, una ubicación inmejorable.

La casa estaba igual de perfecta que en las fotos, así que le pagué, firmamos los documentos y me entregó la llave, además de comentarme que, para lo más mínimo, lo llamara y me ayudaría en lo que hiciera falta.

Eran las ocho de la tarde, me puse a colocar todo lo que llevaba, dentro del armario de la cocina: el vino, queso, jamón, unas latas de conservas que llevaba para que mis niñas y Fidel las probaran... Vamos, que el compartimento de una de las maletas grandes, iba hasta la bola de comida.

Metí la tarjeta cubana que había comprado para el móvil antes de llegar a la casa y ya disponía conexión.

Escribí al grupo privado que tenía con Zulema y Claudia.

Yo: ¿Qué hacen mis hermosuras?

Claudia: Pues aquí estamos, que ahora nos vamos a cenar a la Cafetería La Juliana.

Yo sabía que estaba por Zanja y San Nicolás, tenía buena memoria, así que allí las iba a alcanzar y se iban a quedar alucinando.

Yo: Comeréis algo bien bueno de allí a mi salud.

Zulema: Te echamos de menos.

Yo: Pues yo a ustedes a partir de ahora paso de echaros de menos, es más, ya no os hablo más, corto y cambio.

Claudia: ¡Pero bueno! ¿Y a ti que te pasó, mi vida?

Zulema: Ari... ¿Hicimos algo?

Yo: Cenar sin mi, que os aproveche...

Cerré y las dejé hablando entre ellas, que se rompieran la cabeza.

Me duché, me puse fresquita y fui allí en un Coco Taxi. Llegué a la puerta de la cafetería, miré dentro y las vi, estaban las dos hablando como apenadas, sí por mi culpa, pero... ¿Y la sorpresa que les iba a dar?

—¡No tenéis vergüenza, mira que cenar sin mí! —dije apareciendo sin que me hubiesen visto.

—¡¡¡No!!! —gritó Claudia, levantándose sin poder dejar de cerrar la boca.

—¡¡¡Ari, mi vida!!! ¿Cómo es qué estás tú aquí?

—¿Os pensabais que os ibais a quedar aquí tan tranquilas sin mí?

—Siéntate —Claudia me agarró la mano—. Cuéntanos. ¿Cuándo llegaste? ¿Dónde están tus cosas y hasta cuando te quedas?

—A mi que me pongan una cerveza, añadan lo que hayáis pedido para cenar y entonces hablaré.

Claudia levantó corriendo la mano y la camarera tomó nota.

—Pues aterricé a las cinco de la tarde, pero antes de todo y para que no os pongáis como fieras, os diré que vengo para estar un mes.

—¡Me muero...! —exclamó Zulema, poniéndose las manos en el pecho.

—¡Esto si que no me lo esperaba “mija”! —Claudia se puso la mano en la boca.

—Voy a escribir una novela aquí, quiero darle una sorpresa a Fidel y, por supuesto, pasaré tiempo con ustedes. Me he alquilado una casa para poder trabajar a ratos.

—Pero en mi casa no te hubiésemos molestado. Eso no se hace... —me riñó Claudia.

—Ya lo sé. Por cierto... ¿Cómo están vuestras chamacas? —les pregunté por sus hijas en la jerga cubana.

Me comentaron que tanto la una como la otra, estaban geniales, así que me dispuse a contarles como se me había ocurrido todo aquello y lo nerviosa que estaba por el encuentro con Fidel, a quien sorprendería al día siguiente en el bar.

Estaban incrédulas de tenerme allí, les conté lo de la comida que había traído y los vinos, no podían dejar de reírse con mis ocurrencias, pero yo era de las que pensaba que había que hacerlo, luego ya se vería lo que pasaba.

Risas, cotilleos y demás fue lo que vivimos esa noche en aquella mesa, luego fuimos a pasear, más tarde me acompañaron hasta la casa donde les di todos los regalos que le había llevado a cada una; un neceser con maquillajes, unas camisetas chulísimas, unos vestiditos para las niñas y montón de cosas más. Si tenía algo bueno es que me desvivía por las personas que quería y ellas ya eran parte de mi vida.

Nos despedimos quedando en vernos al día siguiente, de todas maneras, ya tenían mi número de tarjeta cubana y también nos hablaríamos por el grupo así que sin problemas...

Esa noche me acosté feliz, aunque los nervios seguían ahí, produciéndome un ardor en el estómago impresionante.



Capítulo 2

Despertar en La Habana... ¿Había algo mejor? Ahora mismo no, para mí era estar viva y me sentía la mujer más afortunada del mundo.

Recibí un mensaje de Dai y Lía, que ya estaban al tanto de mi estancia en la isla y, por supuesto, estaban organizando un encuentro con todas. Me encantaban mis chicas, desde luego más suerte no pude haber tenido en conocerlas.

Eran las ocho de la mañana, raro en mí levantarme tan tarde con el cambio de horario, pero la noche anterior es que nos quedamos charlando hasta bien entrada la madrugada.

Me duché, me puse mi minifalda vaquera, unos zapatos de caña altos y abrochados al tobillo, una camiseta de tirantes anchos y un buen escote, mi melena recogida en un moño alto y bajé a desayunar al patio interior del Café Bohemia, ese sitio que las chicas no me hubiesen permitido pisar, ya que me dirían que eso era para el turista, en cierto modo yo lo era, aunque me gustaban más los lugares a los que iban los cubanos, pero ahora estaba hambrienta y sola, por lo que aquel era el sitio perfecto.

El lugar era precioso, todo en tonos celeste y blanco, una verdadera pasada, muy colonial, me encantó, seguramente se convertiría en mi lugar de desayuno muchos días.

Desayuné como si no hubiera un mañana, de allí saldría hacia el bar de Fidel que abría a las diez y él tenía ese turno, se lo había sacado con disimulo el día anterior cuando le pregunté como estaba.

El café, las tostadas y todo estaba de muerte, hasta me comí un huevo a la plancha, mi estómago se salía del pellejo, así que le di

bastante consistencia antes de empezar mi día en la ciudad, estaba loca por beberme un mojito y sentir el ambiente que solo allí se podía vivir.

Pasé por delante de la casa de Claudia para saludar a sus chamacas que me comieron a besos nada más verme, les di una bolsa de chuches que le había comprado en el aeropuerto de Madrid y que no les había dado el día anterior a sus madres para poder entregárselas personalmente, sabía que iban a ponerse muy contenta.

Esas niñas eran a cada cuál más bonita, pero claro, viendo las madres que tenían no podía ser de otra manera.

—Ari, he hablado con mis jefes de la productora, les dije que estabas aquí y como saben de tu carrera literaria y leyeron el relato de tu viaje anterior, me han pedido que consiga que te pueda entrevistar en la cadena, para mí es muy importante ¡Dime que sí!

—¿Yo a la tele? Pero si no me conocen ni en mi ciudad —reí.

—No seas más tonta, tienes muchos seguidores.

—Por ti lo que haga falta, y que conste que no me gustan estas cosas, pero puedes contar conmigo.

Se puso de lo más feliz. Madre mía en los líos que yo me metía sin beberlo, ni comerlo, pero por mi Zule, lo que hiciera falta.

Estuve hasta media mañana con ellas y luego me fui, me desearon mucha mierda, yo iba que me temblaban las piernas, de lo más nerviosa, ya se acercaba el momento de encontrarme con mi mulato...

Cogí aire antes de entrar, ya se escuchaba la canción de Polo Montañez “Un montón de estrellas”

Me santigüé y entré, para mi sorpresa estaba de espaldas limpiando la vitrina de las botellas, sonreí y no me lo pensé.

—Un mojito, por favor... —aguanté la risa.

No se giró, parecía que había reconocido mi voz y se había quedado inmóvil, en shock, tuve que volver a hablarle.

—O me echas un mojito, o entro yo y me lo sirvo —murmuré en un tono no muy alto, pero lo suficiente para que me escuchara.

Se giró lentamente, me miró sin parpadear durante unos segundos, se puso las manos en la cara y se echó a llorar como un

niño pequeño, menos mal que no había nadie en el bar más que yo.

—¡Fidel! No me hagas esto... —dije apenada.

Salió fuera de la barra y me abrazó, me echó a su hombro mientras me apretaba y acariciaba mi pelo que en ese momento ya lo tenía suelto, me quité el moño para ir con mi melena al aire, luego me miró y entre lágrimas besó mis labios con un cariño, dulzura y deseos increíbles.

—¿Cómo no me dijiste que venías? —Cogía mi cara entre sus manos.

—Llegué ayer y quería daros a todos una sorpresa.

—No me creo que te vaya a tener otra semana en mi vida —decía sin dejar de salir lágrimas de sus ojos.

—No Fidel, esta vez no es una semana, estaré un mes —apreté mi cara y mi mulato se puso de un blanco neutro.

—¿En serio, Ari? —Más lloraba aún, mientras sostenía mi cara entre sus manos y me miraba emocionado.

—Alquilé una casa entre la Catedral y la Plaza vieja.

—¿Y por qué no te quedas conmigo?

—No —sonreí—. Quiero escribir, no quiero sentirme una intrusa, quiero tener mi espacio.

—Te entiendo... —Me besó.

—¿Vienes a escribir la segunda parte del relato?

—Sí, pero saldrá en forma de novela y cada día escribiré todo lo que pasó, así que tendrá treinta capítulos —reí.

—Espero ser el protagonista absoluto de tu historia —sonrió acariciando mi mejilla y entrando a la barra para atender a unos chicos que habían llegado.

—Te lo tendrás que currar —reí.

Atendió a los chicos que luego se pusieron en el otro lado, me preparó el mojito y lo puso sobre una servilleta donde había escrito “Te amo”.

Sonreí, se me caía todo al piso como decían ellos, ese “te amo” se había clavado en mi corazón.

Se puso el bar a tope así que estuve un rato en la barra tomando el mojito y le dije que me iba a comprar unas cosas para la casa, lo

esperaría por la noche en ella para cenar, salió a darme un beso y un abrazo antes de irme.

Se le veía que le había causado una felicidad enorme, pero vi algo en sus ojos aparte de mucho cariño, noté algo de tristeza que antes no tenía cuando lo conocí ¿Le podría pasar algo? Fuera lo que fuese ya lo descubriría, poco a poco, pero estaba segura de que algo era.

El llanto cuando me vio, ese era de emoción y felicidad, pero también había algo de tristeza en ese abrazo, como si con esas lágrimas hubiese soltado más cosas que llevaba dentro.

Fui al mercado por verduras, frutas, carne y algunos productos más, luego lo metí todo en casa y bajé por refrescos, hasta un chico al verme cargada con las dos bolsas hasta arriba me ayudó, le di una propina y se fue agradecido, al igual que yo por la ayuda que me había brindado.

Lo bueno era que había traído en la maleta dos botellas de aceite de oliva, así que esa noche le iba a hacer una buena tortilla de patatas y unos pollos crujientes, salpimentados que me salían de muerte.

Para comer me hice un bocadillo de filete de pollo con alioli, así que lo disfruté y luego me eché a dormir un rato, estaba cansada, tenía los horarios en el cuerpo dándome por saco.

Me quedé dormida y puse el despertador a las seis, porque era capaz de quedarme dormida y despertarme al día siguiente.

A las seis me costó la vida levantarme, estaba como los bebés que no pueden con su cuerpo, pero me di una buena ducha, me coloqué un vestidito de algodón cómodo y me puse a hacer la tortilla y a preparar el pollo.

Puse música mientras cocinaba, un poco de mezcla latina, lo mismo salsa, que bachata, que reguetón, el caso es que canté feliz por encontrarme en aquel lugar, ese donde escribiría mi propia novela.

Poco antes de las nueve y con toda la mesa ya preparada, sonó la puerta. Suspiré y fui a abrir...

Entró cogiéndome en brazos mientras yo, entrelazaba mis piernas en su cintura y él me llevaba a la encimera de la cocina.

—¡Cómo huele! —dijo mirando la mesa, negando y sonriendo para luego darme un beso con una mordidita de labios.

—Pues ya sabes, todo tuyo —sonreí agarrando su cara.

—De los dos, mami, de los dos. Y dime una cosa... ¿Cómo es que te dio por volver tan pronto y tanto tiempo?

—Pues porque gustó mucho mi relato, vi la opción de vivir una segunda parte, escribirla como novela desde aquí y también te echaba un poquito de menos —volteé los ojos mientras reía.

—¿Un poquito nada más? —Levantó la ceja sin dejar de mirarme.

—Mucho, Fidel, mucho —lo besé emocionada.

Nos sentamos a cenar y le veía felicidad mezclada con aquella tristeza que había notado por mañana. No quise entrarle de forma descarada, le fui preguntando por todo, pero no me lo contaba, a cada momento tenía más claro que sí, que algo le pasaba.

Tras la cena terminamos abrazándonos y desatando nuestros deseos, haciéndolo como locos durante bastante tiempo, casi no daba tiempo a reponernos, cuando ya me estaba haciendo la misma jugada.

Esa noche se marchó a altas horas, tenía a su mamá con la que vivía y por la mañana la tenía que llevar al médico.



Capítulo 3

Café en mano, portátil abierto y mirando por la ventana viendo el ir y venir de la gente ¡Me sentía pletórica!

Mi primer pensamiento fue Fidel, al igual que el último antes de caer la noche anterior en un profundo sueño.

Comencé a escribir los dos primeros días para tener la novela al día, así que estaba inspirada y en dos horas lo tenía listo.

Bajé a tomarme un desayuno como Dios manda, apenas eran las diez de la mañana pues me había levantado a las siete.

Entré a la misma cafetería de la Plaza Vieja, me había enamorado de ese rincón y era de total inspiración.

Después de un succulento desayuno fui a buscar a Claudia y a Zulema, nos fuimos con sus hijas a tomar algo a “Wapa Cafetería”, en una zona de la calle cuatro, en el Vedado.

Nos pedimos un helado de campeonato, las chamaquitas bellas estaban de lo más graciosas, se pusieron de helado guapas, tenían churretes por todas partes. Aproveché para tirarme fotos con ellas haciendo las payasas.

Adoraba a Chanel y Angy, las niñas de mis chicas, eran lo más.

Esa tarde Zule tenía grabación de programa, así que estaba muy nerviosa pues entrevistaba a un actor muy conocido del país que estaba en la isla ya que vivía en Miami. Clau era chef y comenzaba en un nuevo restaurante en unas semanas, así que ahora estaba libre para aguantarnos.

Nos fuimos a casa de Claudia ya que, íbamos a comer ahí, pero las dejé allí y me fui un rato con Chanel y Angy a tomar algo al bar de Fidel y a saludarlo.

Las peques iban de lo más guapas, con los vestiditos cortos de tirantes blanco con lunares rojos, estaban para comerlas, se los había traído de España al igual que las sandalias atadas al tobillo y con un poco de tacón. Desde luego que iban llamando la atención, eso sí, ya les pinté los labios de rojo, pues mis peques eran “antes muerta que sencilla”, vamos, que tenían un *glamour* evidente.

Llegué al bar con una a cada lado y Fidel me miró sonriente, a la de Claudia la conocía, pero a la de Zulema no, así que hice la presentación oficial.

—Fidel es tu novio —soltó Chanel causándonos una risa a Fidel, a Angy y a mí.

—Bueno, no corras tanto... —le reñí bromeando y haciendo un gesto con los ojos.

—Tú dijiste que morías de “amol” por él —soltó Angy aguantando la risa.

—Vaya dos, ni caso, ponme un mojito y a ellas un refresco a cada una.

—¿Y mi beso?

—¡Beso! —gritó Chanel aplaudiendo con euforia.

—Pero... ¡Te quieres callar! —me quejé poniendo las manos a cada lado de mis caderas y sacando morros.

—Déjalas, ellas saben lo que dicen —me hizo un guiño.

—¿Lo ves? Fidel nos deja —contestó Chanel, haciendo un gesto exagerado que me por poco hace que me tire al suelo de la risa.

—¿Quién me habrá mandado a mí a traerlos? —pregunté volteando los ojos y riendo.

Fidel nos puso los vasos sobre la mesa ¡Qué rico hacía el mojito! Bueno lo hacía todo, para que nos vamos a engañar.

Estuvimos un rato con él y quedamos en vernos esa noche que nos iríamos a pasear por La Habana, además, él tenía libre los dos siguientes días ya que estaba trabajando de lunes a viernes, por lo que se iba a venir conmigo a la casa todo el fin de semana.

Las niñas fueron todo el camino de vuelta diciéndome que les gustaba ese novio para mí, que era muy simpático y mil cosas más. Esas dos petardas eran de lo más graciosas y a mí me tenían enamoradita perdida.

Al llegar a la casa me dieron una sorpresa de que estaba Dai y me la comí a besos. Vivía en La Habana, pero en la zona del Vedado, ella estaba muy unida a su mulato, estaba enamorada de él hasta la médula.

Comí en casa de Claudia con todas y empezaron a bromear que ya no me verían hasta el lunes pues sabían que Fidel se venía conmigo, aunque ya les dije que, seguro que improvisaríamos algo para estar todos juntos en algún momento, de lo contrario, que me echaran de menos dos días que no pasaba nada, ya me verían el lunes.

Volví a casa y me eché a descansar un rato, hacía un calor impresionante, así que me puse el ventilador delante de la cara y me quedé frita.

Por la tarde me desperté y me duché, al rato ya estaba Fidel tocando la puerta.

—Buenas tardes, mi “amol” —dije imitándolo.

—Buenas tarde, mi vida —sonrió abrazándome.

Pasó, dejó sus cosas en la habitación y después de un montón de besos nos fuimos a pasear por La Habana.

Seguía pensando que sus ojos transmitían tristeza pese a las ganas de estar conmigo, que eso sí que se notaba claramente, pero tenía esa cosita de que a él le pasaba algo.

Llegamos al restaurante “El guajirito” un lugar con toda la esencia de Cuba, donde se mezcla la gente del pueblo y el turismo, me pareció espectacular.

Pedimos unas cervezas y para comer, tostones rellenos, arroz congris y pastel de papas de salmón con parmesano ¡Casi nada!

—Estaba pensando, que mañana podríamos ir a la playa ¿Qué te parece?

—Fidel, por favor, eso no se pregunta, a la playa siempre, sí —sonreí.

—Perfecto, iremos a la de Guanabo, está bien buena.

—Por mí genial —di un trago a la cerveza que estaba bien fría, mientras miraba a un lado donde un grupo cubano comenzaba a amenizar la fiesta.

Me agarró la mano por encima de la mesa y me la acarició mientras negaba sonriente, no le hacía falta decir más nada, lo entendía perfectamente, había una conexión muy fuerte entre nosotros.

—Fidel... ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro —carraspeó, parecía que se veía venir que pregunta era.

—Te pasa algo, ¿verdad?

Un silencio se hizo en ese momento mientras me miraba con esa mirada que me afirmó antes de sus palabras.

—Sí, mami, me pasa algo y bien duro, pero no quiero hablar ahora mismo de ello, en estos días cuando esté mejor te lo contaré, ahora estoy muy feliz de que estés aquí haciendo mi dolor más llevadero.

—Solo dime algo... ¿Estáis bien de salud?

—Sí, no es nada de eso —sonrió, pero con una tristeza que me partía el alma.

—¿Os hace falta dinero o tiene que ver con ello?

—No mami —sonrió—. Somos pobres, pero no debemos nada y tenemos para comer, tranquila, además no te cogería un peso por nada del mundo.

—Bueno, pero eso no es así, si te hiciera falta y yo te pudiera ayudar...

—Tranquila, por esa parte está todo bien —apretó mi mano.

La cena estaba muy buena, además tenía mucha hambre, así que, mejor me sentó.

De ahí nos fuimos a tomar algo a “La Fabrica del Arte” me encantaba ese lugar donde la cultura, las copas y el baile se mezclaban en la mejor de las fusiones.

Tomamos algo y luego nos pusimos a bailar, me encantaba dejarme llevar por esos brazos que hacían que volara a su merced y es que como se movía...

Después de una hora de mover las caderas nos fuimos hacia la casa, nos duchamos juntos deshaciéndonos de esa tensión contenida durante toda la noche y es que entre nosotros había mucho deseo, mucha fogosidad, demasiada atracción...

Luego nos echamos en la cama abrazados, charlando, hasta quedar dormidos...



Capítulo 4

Lo iba a matar, llevaba media hora despertándome a besos, aunque me encantaba que hiciera eso, quería dormir, pero no, no hubo forma, sus labios ya estaban recorriendo mi cuerpo y lamiendo cada recodo de mi piel.

Lo hicimos entre sonrisas y con falta de aire, aquella situación era lo más excitante que se podía vivir, con él era todo idílico ¿Dónde estaba el fallo?

Tras un buen rato de placer, nos dimos una duchita y bajamos a desayunar al Café Bohemio, le había dicho que me encantaba desayunar allí, así que no dudó en complacerme.

Ya llevaba una bolsa para ir la playa y todo lo demás para luego salir hacia Guanabo.

—Y tú, ¿nunca vienes aquí? —pregunté mientras mordisqueaba el pan.

—Esto es para el turismo, es raro que se vea un cubano aquí —sonrió—, aunque vine alguna que otra vez.

Fidel cobraba al cambio unos treinta euros al mes, ese era el salario medio en Cuba, lo que pasa es que él ganaba mucho más con las propinas que dejaban los turistas, pero no llegaba a los cien euros, así tenía que hacer malabares el pueblo cubano.

Pese a ello, siempre hacía por pagar, pero yo, gracias a Dios, estaba bien económicamente y me adelantaba siempre pese a su mosqueo, no podía permitir que lo poco que tenía para subsistir se lo gastara en mí.

De allí nos fuimos en un taxi a Guanabo, una playa que era un paraíso para los habitantes de La Habana y para cualquier ser humano que pisara aquel precioso rincón.

Nos cogimos dos hamacas con una sombrilla de paja, de un restaurante que estaba justo atrás y del que no tardaron en traernos dos cervezas bien frías.

—Esto es vida, por favor... —Casi tengo un orgasmo al beber el trago y tener el mar del Caribe frente a mí.

—Pues a disfrutar, tenemos todo el día por delante —se pasó a mi hamaca y se sentó a un lado de ella.

—Fidel, tengo ganas de ir a Varadero, me han hablado muy bien de ese lugar, podríamos ir el fin de semana que viene, yo me encargo de reservar un hotel de esos de “todo incluido”.

—Eso vale una parte de un hígado —rio.

—Lo voy a pagar yo y no es tan caro, ya lo estuve mirando.

—“Mamita”, no quiero que te gastes el dinero en mí.

—Es en mí, pero gozo de tu compañía —reí— y cómo te pongas tonto, te pongo a hacer publicidad en Facebook de todos mis libros durante toda la semana —le saqué la lengua.

—Pues me explicas cómo es eso, que yo encantado lo hago —me abrazó y me hizo una señal para irnos al mar a bañarnos.

Me cogió en brazos y corrió hacia el agua conmigo en volandas, eso sí, fuerza tenía para parar un tren.

El mar era una pasada, no te daba sensación de frío y estaba a una temperatura perfecta para disfrutar en él.

Fidel era atento, cariñoso, educado y correcto, aunque me encantaba el punto bromista que tenía, a veces no sabía si se estaba quedado conmigo o hablaba en serio.

A la hora de la comida nos trajeron unas hamburguesas con patatas fritas que estaban para chuparse los dedos.

Luego nos abrieron un coco de esos que tanto me gustaban y con el que nos hicimos unas fotos de lo más paradisíacas en la hamaca.

Pasamos todo el día en la playa, a la vuelta llevaba un color de piel impresionante, casi me estaba igualando con mi mulato.

Llegamos a la casa, nos duchamos y salimos a cenar fuera afuera, unas pizzas al restaurante “Doña Alicia”.

Estaba descubriendo todos los rincones del lugar y eso me encantaba, quería aprovechar a tope este viaje, disfrutar de mis

chicas y de mi amor, así lo sentía a él, como ese hombre que había robado toda mi atención.

De ahí fuimos a casa de unos amigos de Fidel donde se estaba montando la fiesta en una terraza, así que allí nos metimos a bailar, beber y disfrutar de la que tenían liada.

Me presentó a sus amigos y a sus parejas, todos a cada cual mejor. Ernesto, Roberto y Raúl, también a sus chicas, Odalys, Yanet y Caridad, con estas últimas me eché bastantes risas, eran de lo más cómicas, además que daban caña, soltaban cada cosa a los chicos que los tenían más derechos que una vela.

Llegó un momento que ya el alcohol comenzó a hacer de las suyas, y eso que en el Caribe costaba emborracharse por el clima y la humedad, que hacían un no sé qué. Total, que costaba doblarse.

—“Mija”, yo loca por atrincar a un europeo y que me saque de aquí y vas tú y vienes a por un cubano. ¿Tú estás bien de la cabeza? —dijo Odalys mirando a los chicos que estaban del otro lado y no se enteraban.

Nos echamos a reír, la verdad es que, viéndolo así sonaba fatal, no podía parar de las carcajadas. Fidel me miraba de lejos, sonriendo, sin saber de qué lo hacía yo.

—Pues hace tres meses cuando vine a la isla y la pisé, dije que de aquí salía preñada —murmuré mirando a Fidel.

—“Mija”, ustedes los españoles no pensáis, ¿verdad? —contestó Yanet, negando y volteando los ojos.

—Sí, yo lo pensé, pero se me pasó rápido —dije muerta de la risa.

—Menos mal que aún tienes una neurona funcionando en esa cabecita —dijo Caridad a modo de riña.

Ernesto se acercó con tres copas nuevas para nosotras, le sonreímos con cara de tontas y volteó los ojos, hizo un gesto con sus manos como diciendo “vale, paso de ustedes, no estáis finas” y se fue hacia los chicos.

—Ernesto, Ernestito, qué lástima que no eres rico —decía Odalys mirándolo a lo lejos.

—Desde luego es que sois tremendas, tremendamente convenidas —dije negando y riendo.

—Tú estás a tiempo de salvarte “mija...” —advirtió Caridad aguantando la risa.

—Anda que estáis fatal, ¿eh? Vaya, que Fidel me trajo con la Jet Set del primer piso —solté bromeando.

—Pues sí, ahora cargamos con estos, pero deja que nos salga algo mejor —Odalys era bromista, yo le seguía el juego, aunque las tres estaban enamoradas de esos chicos, pero claro, me estaban buscando la lengua y yo que no la tenía suelta...

—Pues cuando encontréis para mí uno mejor, me avisáis— le hice un guiño.

—Pero... ¿Qué dices? Eres tú la que cuando salgas de esta isla nos puedes buscar los contactos —Caridad parecía la más seria, pero negativo, ahí no se salvaba ni el gato que estaba en el tejado.

—Si yo no salgo de mi casa, yo me paso la vida escribiendo —refí.

—Pues ya puedes levantar el culo cuando vuelvas y hacer la misión —advirtió Odalys apuntándome con el dedo, luego miró a los chicos que nos estaban observando y sonrió con falsedad, yo me partía de la risa, no podía con estas chicas.

Fidel se acercó y no sé por qué, sabía que le soltarían una de las tuyas, pero yo les iba a contestar con una de las mías.

—Fidel —dijo Odalys—. Aquí tu amiga la española dice que no se va del país sin casarse contigo.

—No será verdad... —respondió sonriendo.

—Claro, de aquí salgo casada y preñada ¡Qué nervios! —aplaudí emocionada haciendo el papel de mi vida.

—No bebas más mi “amol” —dijo Fidel intentando quitarme la copa, pero me negué, ni mijita, que yo estaba en mis trece, pero callada no me iba a quedar, además, ellas lo hacían desde la broma y no con mala intención, así que lo estábamos pasando bien todos.

—¡Déjala beber, no cojas lucha! —respondió Caridad intentándolo echar.

—Mira qué cara, parece que amaneciste con el moño “virao” —quiso decir Odalys que con el pie izquierdo.

—Mi “amol”, tírame un cabo —dijo Fidel pidiéndome que lo defendiera.

—¿¿¿Yo??? —Me señalé con el dedo mi pecho y poniendo gesto de estar flipando.

—Nada, me voy —mismo gesto que Ernesto con las manos y el mismo giro para ir con los chicos.

—Míralo, que lástima que no sea George Clooney, porque si no me casaba de verdad mañana mismo —bromeé imitándolas.

—Pronto aprendes, ¿eh? —Odalys me dio dos toques en el hombro, que por poco me tira de la azotea para abajo ¡Qué bruta era, por favor...!

—Joder hija, me das otro y me descoyuntas el hombro —dije tocándomelo.

—Que apretadera —dijo negando.

—Mira a Roberto, tiene una bocina en la garganta —Odalys estaba atenta a todo, no se le iba ni una a la jodida.

Dos horas después estábamos las cuatro llorando de la risa en esa esquina de la terraza, hasta un vecino salió a decir que bajáramos la voz, la estábamos liando parda. El alcohol se nos había ido de las manos, pero nos daba igual, todo a la pinga, como decían ellas.

Nos despedimos a las cuatro de la mañana, Fidel me llevaba agarrada por el hombro intentando estabilizarme, iba dando bandazos de un lado a otro y todo me daba vueltas, era el camino más largo que estaba recorriendo en mi vida y eso que estábamos a cinco minutos a pie, pero para mí estaba siendo como tres horas y media andando, no veía el final.

Llegué a la casa y caí en la cama como un plomo, menos mal que calculé bien y terminé en mi ladito, no me quité ni las sandalias, eso sí, Fidel me las sacó al igual que la ropa, como pudo. Ese día tenía el cielo ganado.



Capítulo 5

—Si te acercas te mato —dije en tono amenazante mientras me daba vueltas todo.

—“Mami”, voy a prepararte un buen desayuno con el que se te quite todo eso que llevas encima...

—Es por tu culpa —le saqué el dedo sin despegar la cabeza de la almohada.

—“Mami...” ¿Cómo que tú me haces ese gesto tan feo?

—“Papito”, hazme el desayuno, una pócima que me quite esto y luego te lo explico al estilo español.

Se fue riendo, podía escucharlo a la perfección, me fui directa a la ducha, no era persona, era un engendro de la naturaleza, por decirlo de algún modo.

Salí y ya tenía el desayuno en la mesa, había hecho hasta huevos duros, es que me lo comía, en el fondo era un amor.

Lo besé y me hizo un guiño.

Nos sentamos a desayunar y salió el premio gordo.

—Mañana te quiero llevar a cenar y a conocer a alguien que intentó buscarte por un percance.

—¿Por un percance? Yo no me he peleado con nadie en Cuba, de momento...

—¿Recuerdas que mi madre estaba en las afuera con mi tía cuando estuviste aquí?

—Me quiere matar...

—¡No, “mami”! Siempre andas inventado —rio.

—¿Entonces? ¿Qué percance tuvo conmigo? Puede estar tranquila de que no le voy a quitar a su hijo —le saqué la lengua. ¡Como me dolía la cabeza...!

—Mi madre cuando volvió se encontró mi *tablet* en la casa y pensó que era una tele. Total, que consiguió encenderla y estaba tu relato de la semana aquí e intuyó que era yo de quién se hablaba...

—¿Tú madre se leyó el relato? —Me llevé la mano a la frente.

—Le encantó y quería encontrarte, buscó por todo internet tu teléfono (eso me lo contó mi tía), quería que lo nuestro tuviera un final feliz —sonrió.

—Al final me va a caer bien y todo.

—Quiere que vayas mañana a cenar, está loca por conocerte, eso sí, te va a reñir por lo que bebes —rio.

—Joder, quién me mandaría a mí a poner el relato tan explícito... —resoplé.

—Bueno, pues mañana cenamos con ella.

—Y el viernes nos vamos a Varadero, así que intenta que te den ese día o te lo cambien —advertí.

—Lo tengo fácil, ya mandé algunos mensajes —me hizo otro guiño.

Me tomé un jugo que hizo él y que según me dijo desaparecería el dolor de cabeza, además me tomé mi pastilla, había llevado tabletas para todo, así que, entre una cosa y otra, en un rato esperaba estar bien.

Las chicas nos enviaron un mensaje donde nos decían que tenían una sorpresa, que nos íbamos todos a la playa y que en una hora nos recogían en el furgón del primo, aunque fuéramos apilados como cerdos. Esa era mi Claudia, sin pelos en la lengua.

Menos mal que me fui viniendo arriba y volvía a ser persona. ¡Qué mal me había levantado...!

Aparecieron la hora y pico, eso sí, en Cuba te dicen una hora y échale casi otra larga, pero llegar, llegan y ellas lo hicieron.

No me lo podía creer, bajaron a saludarme y aparte de Dai, venían con...

—¡¡¡Lía!!! —grité emocionada y me tiré a sus brazos.

—Cabrona, ¿tú que te pensabas que yo no iba a venir a ver a mi amiga la escritora? Mira “mija”, me cruzo Cuba a pie si hace falta.

—Ay, no me digas eso... —Mis lagrimas iban ya por mis tobillos.

Me quedé en shock, estar con todas mis niñas juntas, no me lo podía creer... Esas chicas que en mis comienzos aparecieron como por arte de magia e iluminaron mi camino en este fabuloso mundo donde había personas que daban color a tus días y ellas lo eran, chicas que pasan de ser lectoras a ser amigas, de un chispazo. Algunos lo llaman *feeling*, pero yo lo llamo conexión.

Nos montamos en el coche y me puse en cada pierna a Chanel y Angy, mis niñas, mis molonas. Iban vestidas iguales con una faldita y un bañador que yo también había llevado de regalo, eran mis princesas, mis consentidas. Si no fuese porque sus madres se morirían, me llevaría a las dos pequeñajas a España. ¡Es que me tenían enamoradita!

—¿Y cómo lo pasaron ayer? —preguntó Zule, como siempre tan educada. Mi preciosidad de ébano era un amor.

—Pues mira, terminé en una azotea de mala muerte, en una calle que ni sé, pero me lo pasé pipa. Digo lo de azotea de mala muerte, porque como estrategia está de pinga, como decís ustedes, nos riñeron tres vecinos, esos parecían alemanes en vez de cubanos, que mala baba, por favor, agradecido tenían que estar de que estábamos animando a toda la cuadra —reímos mientras Zulema lo hacía negando. Ella como era tan correcta, seguro que ni hubiera permitido la música y eso que le gustaba bailar.

—“Mami”, pero lo pasamos muy bien.

—¿Y qué es lo que he dicho? A ver si te voy a tener que traducir al cubano para que me entiendas... —Puse cara de resignación.

—“Mija”, tú estás de resaca —soltó Claudia y las pequeñas me miraron riéndose.

—Desde que pisé la isla estoy o borracha o de resaca, no tengo término medio ¿Algún problema?

—Mi madre... —murmuró Fidel, causándome una risa que las chicas no entendían, pero les hice un resumen de lo de la madre y el relato y al final todos terminaron llorando de la risa.

Llegamos a una de las playas del este, pero sin chiringuito, por allí pasaban los chicos con carros directamente vendiendo, aquello era salvaje, una pasada.

Las chicas llevaban pollo, congrí, empanadas, bebidas, hielo y de todo. Mis cubanas, eran unos crack. Las “tatas”, como les decía mi amigo Dylan, ese que, por cierto, me amenazó con aparecer por la isla y eso viniendo de él, no me extrañaba.

Recuerdo el día que Dylan me abrió un privado y me dijo que Zule y Clau eran sus “tatas” de Cuba, no me pude reír más. Si algo tenía Dylan, es que era gracioso a más no poder, como buen gaditano.

Chanel se plantó delante de mí y al momento lo hizo Angy, que la miraba expectante a lo que iba a decir su amiga.

—Ariadna... ¿Tú te vas a llevar a Fidel para España? —me preguntó mirándolo a él, que soltaba una risa.

—Yo sí, en la maleta y a rezar para que no nos pillen.

—Pues entonces es mejor que tú te vengas a vivir aquí —respondió Angy tras el debate que abrió Chanel.

—Yo digo una cosa... —Me puse el dedo en la cara en plan pensativa—. ¿Cómo pueden dos princesas ejercer de periodistas? —Me levanté corriendo, las agarré a cada una de una mano y me las llevé casi al vuelo hacia el agua.

Atrás desde donde estábamos escuchaba a Claudia gritarme mientras yo corría con las niñas.

—¡Cabrona que me las va a ahogar, vuelvan aquí! —el chillido era de risa, pero desesperado —¡¡¡Asesina!!!

Caso omiso, con ellas me di la primera ahogadilla mientras se morían de risa pidiendo otra.

—Tita Ari, mi madre está mirando preocupada —dijo la hija de Zulema.

—Se creen que la tita de España no sabe ejercer de madre, desde luego... —dije bromeando.

—Tita Ari —esta vez Chanel—. Mi madre sigue chillando.

Moría con las dos, cuando una me decía tita, la otra también, vamos que, si una me llamaba tonta del culo, la otra también lo haría, pero yo es que me las comía y no les dejaba ni el hipo. Mis niñas eran lo más adorable del mundo.

Veía a Fidel charlar con las chicas y muertos de risa mirándonos a las tres, a saber, lo que estaban diciendo. Que poca fe que me

tenían...

—Levantad la mano y los saludamos —dije a las princesas.

—Vale —dijeron de forma sincronizada y haciendo el saludo.

Algo dijo Claudia que todos se rieron más, pero claro, nosotras seguíamos saludando muy glamurosas con las manitas como si fuésemos de la aristocracia.

Salimos del agua y fuimos hacia ellos.

—Te voy a decir una cosa, pero solo una, que te quede claro...

—Señalé con el dedo a Claudia, que era a la que me dirigí—. Por mi Chanel y por mi Angy mato, así que no te hagas más la sufrida como si yo las fuera a ahogar, que eres muy dramática.

—¿Pero tú viste como te las llevaste? —preguntó riendo.

—Como nos han llevado a todos de chicos, a ver si te crees que estas dos son de plástico —negué.

—Ariadna nos dijo que os saludáramos —soltó Chanel riendo.

—Menos mal que no te dije nada malo de alguno de aquí, no veas si lo sueltas rápido —me señalé la lengua riendo.

Lía no paraba de reír, estaba feliz de estar con nosotros y la verdad es que, a mí, me encantaba.

Fidel jugueteó con las niñas un buen rato y luego se metió en el agua con ellas.

—Hasta las trancas estás de ese mulato —dijo Dai.

—Hasta las trancas y más allá, no sé cómo voy a salir de esta —resoplé.

—Pues con él de la mano, llévatelo a España —dijo Zulema que era todo amor y enamoradiza.

—Para eso me tengo que casar —dije mirándolo a lo lejos jugando con las niñas— y estoy loca, pero no para tanto, así me tenga que venir cuatro veces al año, además. Lo bueno de mi trabajo es que puedo escribir desde cualquier parte del mundo.

—Yo me casaría —dijo Dai.

—Pues adelante, tú estás con otro mulato, hazlo, antes de que vuelva a España, así disfruto tu boda —reí.

—Por mí me casaba, pero ahora mismo no está la cosa para mucho gasto —rio.

—No os creáis que no se me pasa por la cabeza hacer una locura...

—Yo tengo un amigo que trabaja en la tramitación de las bodas, os puede hacer un apaño para que lo hagas antes de irte, total, luego te tienes que ir tú y a él cuando se lo validen todo, es cuando lo dejaran salir del país —respondió Dai animándome a casarme.

—Eso, ustedes empujadme a hacerlo. Madre mía... —Negué mientras paraba a un chico con una nevera de cervezas frescas y le pedí una para cada uno.

Fidel se acercó y ya me puse bromista... Le di la cerveza, lo miré y viendo que las chicas estaban atentas le solté el disparate.

—Mi “amol...” —lo imité causándole una sonrisa —¿Tú te casarías conmigo?

—Claro que sí mi “amol”, pero no te convengo, no tengo nada que ofrecerte más que “amol” y fidelidad.

—Pues tú pones eso y yo el dinero ¿Cuándo nos casamos?

Las chicas se reían mirándonos como las que veían una novela de televisión.

—“Mami”, tienes cada cosa... —su risa era nerviosa por mucho que quisiera disimular.

Las chicas comenzaron a decir que fuera pidiendo mi partida de nacimiento y el acta donde consta que estoy soltera, pues me harían falta para contraer matrimonio. Fidel me miraba sonriendo y yo, yo le sacaba la lengua o le hacía alguna que otra burla.

Pasamos un día de película con muchas risas, bromas, charlas y comida, no nos faltó detalle, vamos, que estuvimos allí hasta que cayó el sol. Vi uno de los atardeceres más bonitos del mundo, aquello era una estampa reflejada en el mar con unos colores que te dejaban boquiabierto.

Cenamos hasta en la playa, mis chicas habían llevado comida para nosotros y los de al lado, una barbaridad lo que habían traído.

Nos recogieron en el furgón y volvimos a La Habana, nos despedimos de las chicas. Fidel entró a recoger sus cosas, esa noche dormía con su madre ya que a la mañana siguiente la tenía que llevar a hacer unos tramites bien temprano.

Nos despedimos entre abrazos, besos y miradas que lo decían todo.

Me duché, me senté a escribir un rato y poner al día mi historia de esos días en la isla, luego me fui a la cama y caí en un profundo sueño de forma veloz.



Capítulo 6

Había dormido bien a pesar de no tener a mi mulato al lado, lo había echado de menos, pero bueno, lo dicho, había dormido bien.

Me eché un café mientras revisaba los capítulos que llevaba de la novela, sobre mi propia vida. Había que tenerlos bien grandes para hacerlo, pero ahí estaba yo, que a cabezona no me ganaba nadie.

Bajé al Café Bohemio y pedí mi gran desayuno, a lo turista, como dirían mis niñas, pero es que ese lugar me había enamorado, como tantos de Cuba.

De allí me fui a casa de Claudia, que estaba sola con Zulema ya que Lía se fue para casa de Dai, así que las vería otro día.

—“Mija”, menos mal que hoy traes mejor cara.

—Clau, ¿me vas a hacer un análisis diario?

—Pues no bebas —me hizo una burla y Zulema se echó a reír, mientras seguía peinando a las princesas.

—A ver, mis princesas... ¿Os venís con la tita a hacerle una visita al tito Fidel?

Las princesas se miraron riendo por lo de tito y aceptaron del tirón.

Zulema y Claudia querían ir al mercado, así que nos fuimos con ella y luego mientras se quedaban en casa preparando la comida, me iría con las peques a ver a Fidel.

En el mercado cogimos de todo, yo me fui con las princesas por mi lado y compré varias cosas para la casa de Claudia, ya que muchos días comía allí, así que me cargué de bolsas, agarré a las princesas y cuando encontramos a sus madres me miraron con cara de llamarme loca.

Dejamos todo en su casa y me fui con las peques a ver al tito Fidel, ya las tenía preparada para que lo llamaran así al verlo, todo bien enseñado, además eran muy buenas, ni se iba a notar...

—Ari nos dijo que te llamemos tito —soltó Chanel nada más entrar. Lo que yo decía, no se notaría nada... Me eché a reír.

—Las preciosidades como ustedes me pueden llamar como quieran y ahora mismo les pongo un refresco —se acercó para darme un beso ante la mirada de las niñas, que sonrieron al vernos.

Me encantaba la sonrisa de Fidel, pero sabía que en su mirada seguía habiendo tristeza, eso me mataba, pero aún no había conseguido averiguar qué es lo que le pasaba.

Nos tomamos el refresco con él y nos fuimos, él pasaría a recogerme por la tarde para ir a cenar con su madre.

Volvimos a la casa y las chicas ya tenían la comida en la mesa, cerdo asado y congrí, eso no solía faltar nunca y a mí me encantaba.

—Ariadna, me han llamado del programa, el lunes de la semana que viene quieren que te haga la entrevista.

—¡Madre mía, en que líos me meto...! —Volteé los ojos.

—Te voy a tratar con mucho amor “mija”.

—Lo sé, Zule, pero es que me da una vergüenza esas cosas...

—Cerré los ojos—. Menos mal que aquí no me conoce ni Dios —reímos todas.

—Bueno, cuento contigo, no me puedes fallar.

—Sabes que no lo haría por nada del mundo —le hice un guiño.

Claudia estaba hablándonos de su nueva ilusión, a pesar de ella querer ser una mujer de hielo. En el fondo ese hombre la estaba conquistando, se lo estaba ganando a pulso, pero lo estaba consiguiendo.

Zulema en su ciudad también tenía un amor, ella vivía enamorada y él era el motivo de ello, estaba viviendo su propia novela, tan linda ella.

La comida estaba de muerte, nos reímos una cosa mala y mis princesas no dejaban de hacer planes con mi vida ¡Eran unos amores!

Fui hacia la casa, me eché un rato y luego me preparé para cuando llegara Fidel, iba a ver a mí, casi suegra y digo casi, porque esta relación tenía de nuevo fecha de caducidad, por desgracia, pero la tenía, a no ser que me... No, no me iba a casar.

Sonó la puerta y al verme sonrió, le gustaba el vestido que llevaba corto y suelto, con fresas bordadas por todos lados, iba más “cuqui” que todas las cosas.

Salimos hacia su casa, yo estaba con los nervios a flor de piel, vamos, que me iba a dar algo malo. Me imponía mucho verme con su madre tras haberme conocido a través de mi relato ¡La que había liado!

Llegamos a su casa y Fidel se rio al ver cómo me santiguaba antes de entrar, pero es que estaba como un flan, me movía como si se me hubiese metido algo en las entrañas y cosquilleara todo mi interior.

Camila al escucharnos abrió la puerta y se lanzó a abrazarme, casi me ahoga. Pues sí que tenía ganas de verme...

—“Mija”, eres mi escritora favorita desde que leí vuestra historia —decía sin dejar de abrazarme.

—Gracias, Camila, me alegra saberlo.

—Entra que ya tengo la cena en la mesa, además me la trabajé para recibirte como se debe, aunque ya pude leer en vuestra historia que la conoces bastante bien —se rio en plan bromista, pero yo por poco me caigo al suelo.

—Bueno, ya sabes que los escritores exageramos un poco... —Apreté los dientes.

—Sí hombre, ni que yo fuera boba, lo que pasó, pasó y bien pasado eso sí. No bebas tanto que te voy a dar —levantó su mano a modo de advertencia, por supuesto, bromeando.

—Solo bebo aquí, en Cuba, en España ni salgo de fiesta ni nada de nada.

—No me creo yo eso... ¿Una cervecita o un refresco?

—Refresco, por favor —vamos, ni muerta le pedía algo con alcohol, me cargaba a la pobre señora.

Camila era delgada, muy guapa, se notaba que había sido un bellezón, estaba bastante cuidada cosa que me dejó en shock, me

la esperaba mucho mayor y sin embargo estaba fenomenal.

Me habló de la historia durante toda la cena, me reconoció que la leyó cinco veces, entonces fue cuando Fidel le contó que estaba escribiendo la de ahora.

—Por favor, esto tiene que salir bien, no podéis separaros para siempre, eso no es forma de luchar por el amor.

—Mamá...

—Déjala —le interrumpí—. No es malo lo que está diciendo, además tiene razón. No podemos dejar las cosas como lo hicimos y menos ahora —sonreí. Ya me estaba viniendo arriba con el apoyo de mi suegra.

La madre se veía muy entusiasmada con los dos, me reñía con lo del alcohol, pero es que yo no era ninguna borracha, solo que esa isla incitaba a beber y beber, señal de que la disfrutaba y estaba relajada.

Después de la cena salimos a la puerta de la casa con las sillas y todo, muy a lo cubano, así se veía a las personas por la noche al fresquito.

Estuvimos conversando hasta la una de la madrugada, que ya nos despedimos, pero me hizo prometerle que iría en esa semana otra noche a cenar o a verla cuando tuviera un huequito, aunque Fidel estuviese trabajando.

Era tarde y solo me acompañó hasta la puerta, esperó a que cerrara y se fue sonriendo. Mi mulato es que me tenía enamorada hasta las trancas.

Me puse a escribir un rato, no quería dejar nada atrás y que se me acumulara porque luego habría cosas que me costaría recordar, así que me puse al lío.



Capítulo 7

Café en mano y a escribir para ponerme al día del todo, estaba de lo más feliz y emocionada, aunque estuve una hora hablando con mi familia por mensajes.

Escuché en la puerta unas voces conocidas y salí a abrir corriendo.

—¡¡¡Mis princesas!!! —grité al verlas en la puerta con Zulema y Claudia.

—Venimos a que nos invites a un buen desayuno —gritó Chanel.

—Eso está hecho, además, solo tomé un café. Esperad que nos vamos al café de los turistas —reí sacándoles la lengua.

—No, nos vamos a otro —dijo Clau.

—¡Qué te calles! Vamos adonde me dé la gana —hice un gesto de mandona que causó que las pequeñas se miraran con la mano en la boca.

—Qué ganas de tirar el dinero... —Volteó los ojos Zulema.

—Sois muy exageradas, así pagamos en España los desayunos ¡Vamos! —agarré a las princesas de la mano y salí directa para el Café Bohemia.

—Delito tienes... —soltó Clau, a modo de regañina.

Llegamos al café y las peques se pidieron un chocolate cada una y unos pasteles, nosotras nos pusimos también las botas mientras les contaba lo de Camila, no dejaban de reírse.

—Es normal que esa mujer te tenga por una borracha...

—Claudia, no me toques los ovarios tan temprano que tengo para repartir —advertí riendo.

—Mira, asustadita estoy —contestaba ante la risa de todas.

—Que pesadez, come, bebe y calla —le señalé el desayuno.

—Eso hago, pero también puedo hablar.

—Si lo que vas a decir no es mejor que el silencio, no digas nada.

—Mira, dos cositas...

—¡Mamá, deja a la tita! —protestó Chanel defendiéndome y me levanté a darle un besazo que le causó mucha risa, por supuesto a mi Angy también se lo di, que mi amor era al cincuenta por ciento para cada una.

—Pero mira la descarada de mi hija, defendiendo a la tita.

—Come y calla si no quieres cobrar más... —Volví a señalar el desayuno mientras me volvía a sentar.

De allí cogimos un taxi y nos fuimos donde vivía Dai que estaba con Lía, con ellas nos fuimos a comer a un restaurante al más puro estilo cubano “Razones y motivos”, entre la tercera y la quinta del Vedado.

La decoración era espectacular y los meseros de lo más agradables.

Dai y Lía estaban que se salían del pellejo, tenían una llorera de la risa que no podían con ella y todo porque el mesero que nos había tocado era el novio de una prima de Dai y el hombre ni se había dado cuenta, así que estaban partidas de la risa y nos lo estaban contagiando a las demás.

Al final cuando trajo las bebidas, sí la reconoció.

—¡Coño, Dai! No te había visto.

—Ya me di cuenta de que eres muy profesional y que mi prima no debe preocuparse en que vayas fijándote en mujeres.

—Eso nunca “mami”.

—Más te vale... —bromeó.

Nos contó toda la historia de la prima, que resulta que dejó a otro para irse con este y que este a su vez dejó a su mujer por irse con su prima y a la vez, ósea, que había un lío de cojones. No me enteré de nada, pero de reírme me estaba dando el lote.

Chanel y Angy eran tremendas, estaban al loro de todo y no se les escapaba una, yo les hacía gestos con la cara y me entendían a la perfección, no parábamos de reír al verme imitar con gestos a las chicas.

La comida estaba buenísima, eso y que yo tenía un hambre brutal, al igual que las peques, que lo probaban todo y no le hacían ascos a nada. Qué alegría de estómagos, lo tenían como el mío, que no me moría sin probar las cosas.

Tras la comida nos fuimos a la piscina de un hotel donde pagando unos pesitos podías acceder a ella y también había un bar para tomar algo.

Las niñas no tardaron en meterse en la piscina pequeña, me gritaban que les echara fotos, para presumidas ellas.

Fidel me mandó un mensaje, ese día salía a las cinco y le dije que se viniera a darse un baño, así que fue a su casa, se cambió y se vino con nosotras.

Nos dieron allí las ocho de la tarde, salimos del agua arrugados, nos despedimos de Dai y Lía, ellas iban para Vedado y nosotros para La Habana Vieja.

Nos fuimos con las niñas y las chicas para mi casa, Fidel iba a hacer la cena, dijo que haría una ensalada al estilo Camila, o sea, a su madre y un pollo con sabor a salsa de barbacoa casera.

Estuvimos charlando hasta las doce de la noche y tras la cena, unas cervezas, además ese día Zulema no trabajó así que lo aprovechó bien.

Fidel se quedó a dormir conmigo, por la mañana se iría directo a trabajar, pues se había traído ropa.

Así que esa noche me perdí de nuevo en sus besos, en su cuerpo y en esos orgasmos que solo él sabía provocarme.

Me encantaba dormir pegada a él, a pesar del calor que había en la casa, pero un ventilador y mucho amor, lo arreglaba todo.



Capítulo 8

Nos levantamos entre abrazos, momentos de esos que nos mirábamos y sentíamos lo mismo, así lo percibía yo.

Se tomó un café y bajamos a desayunar antes de irse al trabajo.

Les puse un mensaje a las chicas para que se vinieran a mi casa a comer, así que me fui al mercado, compré unas cuantas cosas que me hacían faltan y todo listo.

Hice unas croquetas de pollo y jamón serrano del que había llevado y que tanto les gustaba a todos, pero es que, ¿a quién no le gustaba el jamón?

Preparé un arroz con pollo y cuando llegaron ya lo tenía todo sobre la mesa, mis princesas me trajeron de regalo unos dibujos hechos por ellas que me enamoraron, me decían cuanto me querían y salíamos todos reflejados en ellos.

Más tarde Zulema se fue a trabajar y Claudia se quedó con las niñas en mi casa, esa noche íbamos a cenar todas allí también, era el día de ser yo la anfitriona y ponerles todo por delante, demasiado que mis chicas se desvivían conmigo.

Claudia me hablaba de los detalles que tenía su enamorado con ella y que, poco a poco, le estaba ablandando el corazón, se podía ver en su cara que aquello le estaba haciendo mucho bien, muy feliz y es que mi niña se lo merecía, era todo corazón y entrega, al igual que Zule.

Echamos un día de lo más bonito, Fidel llegó a las siete y Zulema media hora después.

Murieron con mis croquetas, hice tantas que duraron hasta la noche, además también les preparé un gazpacho andaluz para cenar, se relamían de gusto.

Esa noche se fueron todos a la vez, incluso Fidel pues tenía que llevar a la mañana siguiente a la madre al médico, que de aspecto estaba bien, pero tenía muchos dolores y achaques que debían ser tratados.



Capítulo 9

Jueves y ya quedaba menos para que llegara el viernes, el día en el que me iría con mi mulato a Varadero y es que tenía unas ganas...

Pasé las dos primeras horas escribiendo a base de cafés en mano, esa mañana desayuné en la casa, me preparé un poco de pan y le puse jamón, el cual había dividido en tres, un trozo para mí, otro para Claudia y el tercero para Fidel.

Lo de la tristeza de mi mulato era algo que me golpeaba la cabeza, no me atrevía a presionarlo para que me lo contara si no quería, pero cada vez tenía más claro que así era, algo le pasaba.

Me fui a dar el encuentro a las chicas que me esperaban en un bar para tomar un refresco y pasar unas horas juntas, ese día las invité a una pizzería que les encantaba a Chanel y Angy, así que allí fuimos las cinco a ponernos las botas comiendo pizzas.

De allí me fui a descansar un rato ya que Fidel llegaría más tarde y se quedaría conmigo para partir al día siguiente hacia nuestras minivacaciones.

Esa noche nos quedamos dormidos a las tantas, la pasión y las charlas nos llevaron a estar desvelados hasta altas horas.



Capítulo 10: Fidel

Abro los ojos cuando los primeros rayos de sol me dan de lleno en la cara.

La verdad es que me encantaría seguir durmiendo, sobre todo, cuando sé que tengo entre mis brazos a la mujer de mi vida mientras su melena acaricia mis fosas nasales y puedo inhalar ese aroma afrutado que me vuelve loco y hace recorrer en mi cuerpo cientos de escalofríos.

Acaricio su desnuda piel, fruto de una noche de sexo desenfrenado y con pura magia. Noto como se mueve, como si fuera una culebrilla bajo las sábanas y aprovecho para acariciar su rostro adormilado y con alguna que otra legaña en los ojos.

—Vamos mi “amol” que el viaje nos espera.

—Vete duchando tú, necesito un poco más de cama.

—Te doy diez minutos.

—Dame toda la vida —guiñó su ojo y me pareció la mujer más sensual del planeta.

Me levanto mientras ella se hace una croqueta en la cama y me doy una rápida ducha antes de preparar el desayuno. La verdad es que tampoco podemos remolonear mucho, ya que tenemos que hacer las maletas para irnos al hotel.

Ariadna, que lleva ya diez días conmigo, me ha sorprendido con una escapada de fin de semana a Varadero. La verdad es que todo está siendo mágico. Ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado que regresaría a Cuba y menos para estar conmigo, pero así ha sido y no quiero despertar de este sueño jamás.

Una vez que el desayuno está preparado y colocado en la bandeja, voy de luego a la cama, quiero que desayunemos juntos,

mientras miramos las noticias de primera hora.

Ari está ya despierta sentada en la cama y con una sonrisa radiante, parece un ángel, un ángel caído del cielo. Coloco la bandeja sobre la cama y la beso con todo mi cariño antes de coger un trozo de coco y metérselo en la boca.

—Nunca me habían traído el desayuno a la cama —me regaló una preciosa sonrisa.

—Pues me alegro de ser el primero —besé su mejilla.

Devoramos el desayuno y nos vestimos, tras su ducha matutina. Aprovecho que se está arreglando, que se tira los siglos de los siglos amén, y hago la maleta de ambos para ahorrar tiempo, ya que ella había dejado a un lado las prendas que quería llevar, también llamo a un taxi para que nos recoja en la casa y nos lleve al hotel de Varadero.

Cuando sale del baño, ya está todo listo y el taxi a punto de llegar, he fregado los platos para dejar la casa perfecta y limpia. Ari corre hacia mí y la cojo al vuelo mientras rodea mi cintura con sus piernas. La besó con amor sin apartar nuestras miradas ni un segundo. ¿Quién no se enamoraría de esta mujer?

La dejo en el suelo, y no porque me canse de besarla, sino porque el taxi acaba de llegar y los segundos cuentan y cuestan. Ya me siento suficiente culpable de tener que dejar que ella lo pague todo, como para hacer que pague más de la cuenta.

La verdad es que, aunque me gustaría, apenas gano cien pesos al mes y con ello tengo que mantener a mi madre, la casa y yo. Tuve que hacerme cargo de todo cuando mi padre murió hace ya un tiempo, en un accidente de coche y mi madre ya no está para trabajar, tiene más hernias que discos en la columna y no puedo permitir que empeore o perderla a ella también.

Intento ahorrar para un tratamiento innovador que se está practicando en La Habana, y así evitarle dolor, aunque no pueda curarla, pero, aunque trabajo todo lo que puedo y hago horas extras, no es suficiente, apenas me quedan dos pesos cuando acaba el mes. La vida es muy dura en Cuba.

El conductor del taxi, que parece poco avisado, nos informa que tenemos tres horas hasta nuestro destino y miro a Ariadna haciendo

cuentas. Me niega sonriendo para que no me preocupe, pero me siento mal, siento que para nada estoy a su altura.

Tras cargar las maletas, nos subimos en el taxi, ambos en la parte trasera de este e iniciamos el viaje. Llevamos más de medio camino cuando escuchamos una explosión que nos corta la respiración.

El conductor para en un lateral preso del nerviosismo del momento y la situación, me bajo del taxi para ver qué pasa y no tardó mucho en averiguarlo... Una de las ruedas del taxi ha reventado.

El taxista sale del coche, pero me informa que no sabe cambiar la rueda. ¿En serio? ¿Y trabajas de esto? Me remango los pantalones para no engrasarlos y me quito la camiseta, no quiero mancharme.

—Joder, Fidel, me estás poniendo cachonda con esa postura — me dice Ariadna, aguantando la risa con la mano en la boca y la miro negando, sonriente, tiene cada cosa...

Me arrodillo y me pongo a desenroscar tornillos tras poner el gato. El taxista me va pasando lo que le pido y unos diez minutos después bajo el sol abrasador, ya tenemos rueda nueva. Lo amenazo para que no solo no cobre este tiempo que nos hemos pasado parados, sino que nos haga una buena rebaja por haberle cambiado la rueda y haberse ahorrado la grúa y promete hacerlo.

Ahora, ya con el taxi listo, volvemos a subirnos, pero este no arranca y mira que lo intenta veces, pero no hay manera. Niego con la cabeza mientras me pongo la camiseta y me coloco correctamente los pantalones antes de intentarlo yo. Nada, está muerto.

Ari se baja del taxi y le da veinte pesos al conductor antes de ponerse a caminar en dirección a nuestro destino. Está loca si piensa que puede ir caminando hasta allí, aunque de ella me lo espero todo.

La sigo corriendo, con lo chiquitilla que es y lo rápido que camina con esos tacones. Normal, yo voy cargado con todas las maletas y bolsas, parezco el mayordomo del hotel.

Cogemos un autobús que pasa cada hora o al menos eso esperamos, porque seguimos esperando bajo el sol abrasador desde hace tres cuartos de hora y creo que nos vamos a desmayar por momentos, sobre todo, porque ya no nos queda apenas agua, solo queda una botella para los dos.

No hay nada alrededor para ir a comprar y tenemos miedo de alejarnos un poco en busca de agua, que pase el autobús y otra vez a empezar, a lo “día de la marmota”. Entonces en el horizonte lo vemos y Ariadna se levanta del suelo, sujetándose al palo de la parada y se pone a bailar a lo gusano loco por ver al fin el transporte esperado.

Nos miramos con una sonrisa en la cara y la beso contento al ver que por fin tenemos algo de suerte. La verdad es que casi es mediodía y aún seguimos en camino.

—Mi “amol”, este helado de chocolate se está derritiendo.

—No te preocupes, mi mulato que, si te derrites, yo te chupo enterito. A mí me enseñaron a no desperdiciar nada ni dejar comida, que hay mucha gente que se muere de hambre. Parezco cubana — me sacó esa lengua que tanto me gustaba.

—Conmigo, en ese sentido, nunca te morirías de hambre.

—Estás loco, ¡jajaja!

—Loco por ti.

Paramos el autobús y Ari paga el viaje de ambos antes de sentarnos, previo almacenamiento del equipaje en el maletero. El interior del lugar huele a perro muerto, cocinado y servido con salsa de ostras en mal estado.

Hasta el sobaco de un luchador de sumo olería mejor, os lo digo yo, que una vez vino uno a la Habana y el bar olía a sobaco que daba gusto, y no del bueno.

Ari saca el desodorante del bolso y suelta un chorrillo disimuladamente. Parece que ha mejorado un poco el ambiente y ahora es respirable. Un niño mulato de unos tres años sale al pasillo central del autobús con los pantalones bajados y coge sus partes para jugar con ellas como si fuera el lazo de un cowboy.

—Madre mía, empezamos bien el viaje...

—Mi “amol”, son cosas de niños.

—Sí y lo del olor también —me sacó la lengua.

—Aquí por el clima se suda más.

—Ya, pero para eso existen los desodorantes, los...

—Esto no es el resto del mundo, que tenéis acceso a todo — volteó los ojos.

Nos reímos por no llorar, para qué nos vamos a engañar, pero la madre, escandalizada, coge al niño de la oreja y lo sienta en su sitio tras cubrirle el pequeño gusano que asoma de entre sus piernas.

Veo como le riñe y el pequeño no le hace ni caso.

Nos dedicamos a ojear un rato su móvil, me enseña libros de sus compañeros, las chicas de su tribu de seguidores. La verdad es que la literatura le apasiona y a mí me apasiona ella. Cuando habla de sus obras se le ilumina el rostro y se le salta alguna que otra lágrima, y eso que decía ser una tipa de armas tomar.

Y por fin llegamos, aunque ya es la hora de comer, pues llevamos medio día para llegar a nuestro destino. Qué le vamos a hacer, las cosas no siempre salen como uno quiere.

La verdad es que el autobús nos deja prácticamente en la entrada del hotel y apenas tenemos que caminar para llegar. Entramos y unas puertas correderas nos avisan de que estamos entrando en otro mundo, uno de lujo y que nunca me podría permitir.

Tras registrarnos y que nos den la llave de la habitación, una tarjeta para cada uno, subimos a echar un vistazo. La verdad es que no nos teníamos que preocupar de las maletas, puesto que Ariadna había contratado el servicio completo y eso incluía pedir lo que deseáramos, comer hasta reventar o que el botones subiera la maleta a la habitación, en este caso las maletas, porque teníamos tres y eso que solo íbamos a estar tres días.

Había pedido la mañana libre en el trabajo para poder pasar el fin de semana al completo con mi chica, sí, así la considero y quiero hacerlo mientras se encuentre a mi lado. Sí, ya sé, ya sé que no puedo pedirle que se quede conmigo, ella es de otra pasta y de otro mundo, retenerla aquí sería como encarcelarla, esclavizarla, y por mucho que me duela, el amor no puede ser una cárcel, sino a las que te permitan volar.

En la situación de pobreza en la que me encuentro no puedo ofrecerle un futuro, no puedo permitirme pedirle que se quede o que me espere. Apenas puedo mantenerme y mantener a mi madre.

Nos refrescamos y nos bebemos dos botellas enteras del agua del minibar, creo que ninguno de los dos hemos pasado tanta sed en la vida. Cuando quedamos satisfechos, bajamos al restaurante, es la hora de comer y nos rugen las tripas.

—“Mami”, estás deliciosa con ese vestido que te has puesto, creo que voy a tener que espantar a más de un cuervo —le digo admirando el corto y ajustado vestido que lleva.

Nos llenamos como pavos en Navidad. Creo que no he comido tanto en mi vida, pero como no tenemos tope, quiero aprovechar y nutrirme de todo aquello que me priva el día a día.

Acabo tan lleno que tengo que desabrocharme hasta el botón del pantalón para que no salga disparado. No estoy como para tener que comprarme uno nuevo, tendría que pasarme casi una semana sin comer para poder hacerlo.

—Fidel, me encantaría ir a la piscina esta tarde, después de que hagamos la digestión, para tomar alguna que otra copa, bailar, ya sabes, disfrutar un poco y mañana podríamos ir de compras.

—Claro “amol”, lo que tú quieras, yo lo que quiero es estar contigo, lo que esté haciendo mientras tanto para mí es secundario.

—Amor, con erre, siempre te lo digo y no hay manera, no eres un buen aprendiz.

—Quizá es porque la profesora tiene que motivarme más —le guiño el ojo.

—No te pases de listo, “amol” —y me lo remarca burlándose —, que si te portas mal te dejaré en mi nueva novela a la altura del betún. Ahí lo dejo.

—Está bien, seré un niño bueno.

—Así me gusta, que seas un fiel perrito —coloco los ojos en blanco y le ladro por lo bajo para que ría. Si es que yo lo que quiero es verla feliz, aunque tenga que hacer el payaso mil y una veces.

Subimos a la habitación a ponernos el bañador y poco después estamos tumbados en las hamacas de la piscina, con un cóctel en la

mano, la crema solar esparcida por el cuerpo y viviendo una vida de lujo a la que para nada estoy acostumbrado.

Me tomo un sorbo mientras leo una de las novelas de Ariadna en la *tablet* y me río a cada rato, ella, por el contrario, con las gafas de sol puestas, se dedica a tomar el sol sin moverse y casi podría jurar que está dormida, a juzgar por el hilillo de baba que le cuelga por la comisura de los labios. Parece una niña buena, pero solo cuando duerme, cuando está despierta le encanta echarme sus dardos venenosos, aunque si es veneno suyo, no me importaría intoxicarme.

Nos pedimos unos cocteles que estaban muy ricos, de esos que te bebes sin apenas darte cuenta, a ella le pareció también demasiado bueno.

No sé cómo ocurre, pero yo también me quedo dormido, supongo que, entre que hemos madrugado, los nervios que hemos pasado para llegar al hotel y que el sonido del agua de la piscina suena como una nana, acabo cayendo en la inconsciencia.

Cuando despierto casi es de noche, la verdad es que estoy como nuevo, pero Ari todavía duerme. La zarandeo suavemente para que despierte, sobre todo, cuando veo cómo se ha puesto. Se ha quemado y está roja como un cangrejo, aunque se ha puso protección.

—Ari, bombón, despierta. Debemos volver dentro —la veo abrir los ojos.

—Tú sí que eres un bombón, de chocolate negro.

—Anda, subamos, tengo que ponerte crema, te has quemado un poco —se mira el cuerpo y pega un chillido.

—Soy una puta gamba.

—A mí me encanta comer gambas, me las como hasta sin pelar —le guiño un ojo para que entienda.

—Muy gracioso. Pues esta gamba quiere cena en la cama viendo una película. No quiero que me vean así.

La veo quitarse las gafas de sol y parece un mapache, pero al revés, toda la parte que estaba cubierta por las gafas está blanca y el resto quemada. No quiero decirle nada, porque si ya ha chillado al

verse, si le digo que los ojos los tiene como si le hubiesen puesto una careta, me mata.

Subimos y pedimos que nos traigan la cena a la habitación mientras busco alguna película que ver en televisión, parece que tienen *Netflix* y una de las novedades es *Dirty Dancing II*. No es que sea muy fan de esa película, aunque adoro el baile, pero como está basada en Cuba, qué mejor que ver en la propia Cuba una película basada en esto y, sobre todo, de baile, una de mis pasiones. La reservo para darle más adelante al *play*.

Me desnudo para darme una ducha tras ella, que parece haber apagado ya el grifo como muestra de que sus minutos bajo el agua han acabado, pero no han sido los únicos. La verdad es que nos hemos dado baños para aburrir, hemos disfrutado de las bebidas, nos hemos besado bajo el agua, y lo único que nos ha molestado es algún que otro crío correteando y rozándonos con las toallas en la cara.

Y entonces ocurre... Ariadna me llama como si estuviera gritando desesperada y es por su nuevo estilo modo panda invertido. La abrazo con cuidado y le digo que no hay nada que el maquillaje no pueda arreglar, sí no, que se lo digan a las famosas.

La verdad es que no sé bien que decir en estos casos ni lo que ella quiere escuchar, pero me parece que no he estado del todo mal con mi discurso.

Cuando logra calmarse y se mete en la cama a la espera de la cena que ya hemos pedido, me doy una rápida ducha y me seco para estar a su lado. La verdad es que cada minuto que desperdicio sin tenerla cerca es un sacrilegio.

Al fin traen la cena en unos de esos carritos típicos de comida. Nos lo comemos todo viendo la película que hemos escogido y la disfrutamos como pocas veces, o al menos yo, y no es por la película en sí, sino porque está ella, ella es mi película preferida.



Capítulo 11: Fidel

No sé en qué momento nos hemos quedado dormidos, pero cuando nos levantamos son más de las once de la mañana. No había dormido tan bien desde hacía años. Estas camas son como nubes que te hacen levitar y soñar como si fueras un bebé. Ojalá algún día pueda tener una cama como esta, quizá en otra vida.

—Nos quedamos en la luna —la besé mientras murmuraba en su oído.

—Yo me quedé sopa, sopa —se giró para darme un beso.

Nos pasamos lo que quedaba de mañana, hasta las tres de la tarde de compras. Ariadna se ha maquillado todo el cuerpo y va con sus gafas de sol puestas a todas partes para que no vean el contraste de colores. La verdad es que está linda sea gamba, panda o cachorro.

Me compra ropa para llenar tres bolsas, pues dice que le apetece mucho verme con trapos lindos y que tenemos que hacer lo que ella tiene pensado para la novela y que una de las cosas que se hace en uno de los capítulos es ir de compras, así que no puedo negarme, aunque no me guste que me compren las cosas como si fuera un muerto de hambre, que por otra parte lo soy. Sin ella nada de esto podría haber sido posible, sobre todo, porque no tengo un peso.

—Estos pitillos me quedan demasiado ajustados, se me marca todo.

—¿Por qué te crees que los he escogido, hijo?

—No sabes tú nada...

—Yo hablo latín chaval, desde que tenía dos años.

—Estás como una regadera.

—Por eso te encanto.

—No te quepa duda, me vuelves loco, de verdad que sí.

Llegamos más que tarde al bufet del mediodía y la verdad es que no podemos mendigar que nos den nada de comer, pero el hotel es de los pijos, y no se pueden permitir que uno de los huéspedes les ponga mala crítica por no poder comer en el restaurante.

Así que nos subieron, sin pedir nada, unas sobras del *buffet*. Menos da una piedra. Lo agradecemos de corazón y dejamos los platos vacíos, solo nos falta darles un lametón para que no les haga falta ni fregarlos.

Descansamos un poco tumbados en el sofá. Solo nos abrazamos y beso su pelo mientras acaricio su espalda. Solo queremos que en este momento se pare el tiempo y nos quedemos así para siempre.

Miramos los panfletos publicitarios que nos han dejado en la mesita de noche cuando han venido a hacernos la cama esta mañana. Parece que hay una feria aquí cerca, de esas que cuando era pequeño me encantaba visitar y que ahora añoro.

Quizá aquí en Cuba las ferias no sean como las de España, que es a las que está acostumbrada Ariadna, pero tienen muchos juegos que pueden gustarle. Voy a sugerirle que vayamos cuando salga del baño de hacer sus necesidades.

—¿Qué te parece si esta tarde nos vamos a la feria? Nos han dejado la publicidad en la habitación y parece que tiene buena pinta.

—Es una idea excelente. Necesitaré media hora para poder maquillarme entera.

—“Amol”, ponte pantalón tejano largo y te ahorras las piernas y, además, ya falta poco para que oscurezca, pocos te van a ver como mi crustáceo preferido.

—Lo haré si dejas de llamarme “amol”.

—Está bien, mi “amol” —me echo a reír. Sé que le molesta, pero a mí también me apetece chincharla a veces.

No tardamos mucho en plantarnos en la feria, sobre todo, porque está aquí al lado, ya lo hacen con vista los feriantes, se ponen cerca de los hoteles de los guiris. Una vez que estamos listos y arreglados, salimos y caminamos en dirección hacia ella.

Nos paramos en el primer *stand*. Se trata de un juego de tumbar cabezas de payasos con unas bolas. Nos dan seis por un euro. Esta

vez soy yo el que invito a Ariadna, un euro me puedo permitir, más no, pero es una manera de no sentirme tan mal dejando que me lo pague todo.

Sus bolas no dan en el objetivo, tira uno de los tres payasos que necesita para llevarse el peluche, pero sé que soy un buen tirador, sobre todo, porque en más de una ocasión en el bar, para contentar a los clientes de más dinero, me he visto obligado a ser comprado para acertar a dianas con botellas de cerveza vacías, solo por el disfrute de los más adinerados.

Doy de pleno en las tres caras de payaso y el feriante le da a Ari un koala de peluche. Parece que le gusta, se le ilumina la cara y eso me llena el corazón y el alma. Me encanta verla feliz, es como un bálsamo para mi mente y mi corazón.

Nos presentamos en la siguiente caseta. Es la de los patos. Me muero de ganas por ver a mi ángel cazando patos. La verdad es que siempre he pensado que algún día tendría una hija a la que enseñaría a pescar, sin embargo, lo que tengo es a la mujer de mi vida pescando patos.

—Soy Sakura, cazadora de patos.

—¿No era de cartas?

—Ah, pero, ¿es que conoces a Sakura?

—A veces la dan por televisión.

Empieza a pescar y eso sí que se le da bien. Golpear payasos no es lo suyo, quizá es porque es pacifista, pero pescar patos se le da de maravilla, y pescar a Fidel no digo nada...

Compramos algodón de azúcar cuando mi Ari consigue el premio gordo con los patos, nada más y nada menos que un colgante de piedras hermosas. La verdad es que es mucho mejor que un peluche, que nunca sabes dónde meterlo y es un criadero de polvo y de ácaros.

Nos dedicamos toda la tarde a pasear por la feria y divertirnos por las diferentes paradas turísticas que esta ofrece, incluso nos hacemos un tatuaje de esos de henna juntos, cada uno con la inicial del otro envuelta por un símbolo infinito en nuestros tobillos, es de lo más mágico y especial.

Jamás imaginé que podía enamorarme así de alguien y ahora que estoy sintiendo esto de una manera tan intensa, no quiero que acabe nunca, es como una droga que me recorre las entrañas y me insufila vida.

Nos volvemos al hotel cuando la noche cae sobre nosotros, no queremos volver a quedarnos sin comer por llegar tarde. La verdad es que no se ve nada en estas calles oscuras y le pido a Ari que encienda la linterna de su móvil para que podamos ver el camino de vuelta sin tropezarnos.

—¿Para qué vamos a encender la linterna? Fidel, lo único que tienes que hacer es sonreír. Dicen que a un mulato solo se le ve en la noche cuando sonrío, así que sonríeme bien para que pueda encontrarte.

—Ariadna, te encontraría en la oscuridad de la noche más oscura, porque tu corazón llama al mío incesantemente y es imposible que ambos no se encuentren de manera inevitable, cada vez que se llaman fervientemente.

—Qué cosas tan bonitas me dices “amol” —me dice algo tomada y riéndose por mi manera de pronunciar amor.

—Me parece que te has tomado unas copas de más. Anda, dame el móvil, yo me encargo.

—No, tú lo que quieres es quedártelo. Como es un *iPhone* de última generación, lo quieres para ti.

—Ni por todos los *iPhone* del mundo cambiaría el estar contigo, así que no digas tonterías.

Llegamos al hotel una vez me da su teléfono y podemos alumbrar el camino. La comida le sienta bien y le baja la tontería que los mojitos le subieron en la feria. Si es que... Quién le mandaría a la chica del puesto enseñarle que allí se preparaban buenos mojitos, no ha quedado ni una sola hoja de hierbabuena en Cuba.

Y como no le gusta beber al angelito... Suerte que los ángeles vuelan, que si no en el control de alcoholemia daba seguro.

Tras la cena salimos a la terraza del hotel. La verdad es que había ambiente.

Está sonando *Represent* Cuba de Orishas y todos sabemos cuánto le gusta a Ariadna el grupo, bueno, si no lo sabe nadie yo lo

comunico.

Le pido salir a la pista de baile y restregamos nuestros cuerpos al son de la música, de manera sensual, haciendo que suba la temperatura de la pista. Mi pierna roza la entrepierna de Ari y su humedad traspasa hasta mis tejanos.

Realmente no sé si tiene calor o es que está muy caliente por la situación, pero no me importa, la quiero desnuda en mi cama para que disfrute como no lo ha hecho con nadie.

Le bailo para deleite de sus ojos mientras me vitorea, ella, porque cuando las otras chicas del hotel gritan lo bien que bailo, Ari les echa unas miradas de esas que, si matasen, el hotel sería ahora mismo un cementerio como el *Thriller* de *Michael Jackson*.

A las chicas se les cae la baba y a Ari se le cae, pero en el vaso del mojito que se está metiendo entre pecho y espalda. Ya no le digo nada, la he conocido así y no la voy a cambiar.

Lo bueno es que, como estamos de fiesta dentro del mismo hotel, no tendré que cargarla durante mucho tiempo en brazos hasta la habitación que tenemos reservada en el mismo.

Nos vamos a dormir a las tantas, agotados de bailar, saciados después de una de nuestras maratones sexuales, envueltos en una película de sudor por el calor, satisfechos y enamorados, un poco borrachos, no nos engañemos y con ganas de seguir viviendo esta aventura que no deseo que acabe.

Mañana es domingo y esta burbuja de perfección explotará porque tenemos que volver a la rutina, ella a la casa alquilada y yo a mi trabajo y a casa con mi madre. Dicen que lo bueno dura poco y no podría ser una frase más acertada.

Agotados, nos dejamos llevar por Morfeo, que nos llama incesantemente a la puerta para que sucumbamos a su música celestial y nos dejemos caer, sin paracaídas ni cascos hasta el país de los sueños.



Capítulo 12: Fidel

Hoy nos hemos levantado pronto, queremos aprovechar el día, ya que es domingo y mañana hay que volver a la rutina. Esta vez ha sido Ariadna quien me ha sorprendido de buena mañana, poco impropio en ella por lo que la conozco, y me ha preparado el desayuno, bueno, ha llamado al servicio de habitaciones para que lo hiciera, pero la intención es lo que cuenta.

La idea es dejar el hotel hoy y volver a casa, pero queremos exprimir la mañana lo más que podamos, comer en el hotel y después coger un taxi que nos lleve a nuestro destino. Espero que esta vez no nos toque un taxista inútil y no tengamos que hacer *autostop* para volver a casa.

La idea es que vayamos a ver la Cueva de Ambrosio, la cueva más importante y famosa de Varadero y nos hagamos fotos allí, para tener siempre un recuerdo de lo que vivimos este fin de semana juntos y en este hermoso lugar.

El simple hecho de pensar en la palabra recuerdo, como si en adelante lo nuestro solo fuera una simple anécdota pasada que no influyera para nada en nuestras vidas, que siguen inevitablemente, me es profundamente doloroso.

No quiero que haya recuerdos nostálgicos porque estamos separados, no quiero que nos echemos de menos porque nos separen miles de kilómetros, quiero un “para siempre”, quiero que estemos juntos, lo quiero todo.

Sé que no es posible, pero un viejo amigo, al que solía llamar papá me dijo: <<soñar es querer y querer es poder>>. Yo sueño y quiero, juro que lo hago, pero el poder no está en mi mano, por mucho que lo desee.

Cogemos un taxi que nos lleva lo más cerca posible de la cueva. La verdad es que el acceso es bastante sencillo ya que se trata de un reclamo turístico, si no el gobierno no hubiese malgastado tiempo y dinero en arreglar las desastrosas infraestructuras y las vías de transporte al lugar.

Una vez allí, con otros muchos excursionistas *guiris*, algunos de ellos del hotel, que han tenido la misma idea que nosotros en un domingo donde muchos sitios están cerrados. Nos ponemos los cascos que nos indica la guía del lugar, para poder acceder a las diferentes grutas que están abiertas para el acceso del público que paga su entrada. Cómo no, las ha pagado Ariadna.

Las galerías que posee la cueva son majestuosas, casi dan ganas de perderse o poner allí una casa o biblioteca. Se está fresquito, cosa que agradecemos. No hay nada como una cueva para que el calor pegajoso del ambiente se evapore. Ojalá nos pudiéramos quedar aquí eternamente.

Hasta estoy pensando seriamente en sellar el acceso de la cueva con una gran roca para que Ari no pueda alejarse de mí, ni que tome ese avión, ni vuelva a España. Siempre cubana, siempre conmigo.

Nos hacemos miles de fotos en las Cuevas de Ambrosio, que ella cuelga en sus redes sociales, y nos lo pasamos de lo lindo mientras la chica nos explica la historia del lugar. La verdad es que no le prestamos mucha atención, lo siento, pero tampoco voy a ir aquí engañando.

“Damas y caballeros, recuerden que está terminantemente prohibido tocar las paredes de la cueva, llevarse alguna de las piedras de esta o deteriorar las instalaciones, de ser así, la multa puede ser cuantiosa”.

La guía nos ha medio amenazado a todos para que estemos quietecitos y con las manos en los bolsillos, pero yo, que soy un rebelde sin causa, o quizá con causa, me agacho para atarme los cordones de la bamba y cojo disimuladamente una de las piedras, que me meto en uno de los zapatos para que, si me cachean, no logren encontrarla. ¿Quién miraría en unos zapatos mugrientos?

Quiero regalársela a Ari, para que tenga un recuerdo físico, que no sea solamente una foto, del lugar. Espero que no me pillen porque si no, se me cae el pelo. Veo inviable pagar una multa y si no lo hago puedo ir a la cárcel por una maldita piedra. Pero vale la pena arriesgarse por amor, mi madre siempre me lo dice.

Una vez salimos y entregamos los cascos, nos volvemos a subir en un taxi rumbo al hotel. La idea es que nos espere para que nosotros podamos subir a buscar las maletas y cargarlas, pero claro, no hemos pensado que hay que comer antes, ya que nos entra al menos comemos bien.

Así que, cuando el taxi nos deja en el hotel nos despedimos y subimos a la habitación para acabar de recogerlo todo. La verdad es que como no habíamos deshecho mucho la maleta, apenas tardamos diez minutos en dejar la habitación ordenada y limpia para que, después de comer, subir por ellas y poder hacer el *check out*.

Nos zampamos una buena tunda de comida y Ari pide que nos metan en un *táper* un poco de todo para que cenemos. La verdad es que los del hotel son muy exagerados o les sobra comida por un tubo, porque nos preparan seis *tápers* con la comida más variada y selecta para el camino.

Me imagino que es por si nos entra hambre durante el trayecto de vuelta a casa, pero cuando salimos por la puerta tras pagar, devolver la llave y firmar unos papeles, descubro que Ari lo ha pedido para mí y para mi madre, para que tengamos algo de comida de calidad durante un par de días. Si es que, ¿se puede ser más bonita y bondadosa? No me equivocaba cuando en mi mente ya le puse la etiqueta de ángel, sin duda lo es.

Paramos un taxi y metemos las maletas en el maletero, con los dedos entrecruzados rezando para que, a este en las tres horas de camino de vuelta a casa, no le pase nada. Y así es, no pasa nada raro y mi beba y yo aprovechamos para dormir en el trayecto. La verdad es que estamos cansados con tanto día de ajetreo y nos merecemos un respiro.

Mañana se me va a hacer cuesta arriba tener que volver otra vez al trabajo. Con lo bien que estoy disfrutando de la vida y de la

compañía de Ari y tengo que volver a la cruda y cruel realidad... Ojalá pudiera quedarme en el sueño eternamente.

Beso a Ari en los labios en repetidas ocasiones para que despierte cuando llegamos a la altura de mi casa y el taxi para. Es mi hora de bajar antes de que él la lleve a su casa. Quiero ver a mi madre y dejar la ropa sucia. Le prometo ir a dormir con ella más tarde, pero esta vez toca cuidar un poco a mi otro ángel.

—Eres lo más lindo que hay en mi vida Ari, nos vemos en un rato —beso la punta de su nariz antes de entrar en mi casa.

Todo está a oscuras y parece que mi madre se ha acostado ya. Deshago la maleta y lo recojo todo. Se ha tomado las pastillas para el dolor, lo sé porque está el paquete medio vacío en la cocina. Por eso está ya dormida, estará agotada después de todo el día, sobre todo si ha estado sola y lo ha tenido que hacer todo sin mi ayuda.

Ella es uno de los motivos por los que no puedo irme a España con Ari, si no, no me lo pensaba dos veces, pero no puedo dejar a mi madre sola, sobre todo en el estado en el que se encuentra, y ni puedo ni quiero pedir a Ari que nos ayude o que se la lleve a España, donde de bien seguro la ayudarían mejor que aquí, que las medicinas cuestan lo mismo que una hipoteca y la atención médica un riñón y medio.

Beso su frente, pero ni se da cuenta, está grogui por las medicinas. Le dejo una nota donde la informo de que me voy a dormir a casa de Ariadna para que no se preocupe por mí y cojo ropa limpia haciendo un pequeño saco para ir caminando a casa de mi ángel, que se encuentra a un par de kilómetros.

Al llegar, se tira a mis brazos y nos besamos como si se acabara el tiempo en el universo y todo fuera a venirse abajo. Hacemos el amor lento, suave, intenso, íntimo, nuestro.

Nuestros cuerpos vibran al son de la música y nuestras bocas jadean acompañando al son, como el coro del mismo mientras llegamos vez tras vez a un orgasmo arrollador, desolador, que arrasa como un huracán allá donde va.

Exhaustos y habiendo metido la comida en la nevera para que no se ponga mala y mañana pueda llevarla a mi casa, nos quedamos dormidos escuchando la respiración y los latidos del corazón del

otro, la mejor melodía que existe para embriagarte de ella y dejarte llevar por ese ronroneo que lo envuelve todo.



Capítulo 13

Nos levantamos después de ese fin de semana en Varadero donde habíamos hecho los gilipollas, directamente, irnos a descansar a un hotel todo incluido, en primera línea de playa, con piscina, bar acuático y un sinfín de posibilidades y nosotros nos vamos a la feria, a las cuevas y al coño su prima, dicho feo y malamente.

¿Se podía ser más tontos? Lo bueno es que junto a él me daba igual estar en el hotel, en el pico de una montaña o en Groenlandia a menos cincuenta grados, en fin, que eso lo iba a tener que repetir y no salir del hotel.

Bajamos a desayunar a mi café favorito y de allí él se fue a su casa para luego ir a trabajar, yo fui a ver a mis princesas y es que Angy junto con Chanel, se habían convertido en mis mini mejores amigas.

Cuando me vieron entrar se vinieron chillando hacia mí y gritando ¡Tita! La verdad es que me las comía, no podía con tanta belleza abrazándome y comiéndome a besos.

Me senté en la cocina con Zulema y Claudia, después de comer nos íbamos todos para la cadena donde trabajaba Zule, hoy me tocaba esa entrevista que me ponía tan nerviosa.

Me peinaron preciosa, además que con mi melena se podía hacer un mundo de posibilidades, encima Zulema me maquilló y me dejó que parecía una actriz de *Hollywood*.

Claudia se quedó fuera del plató tomando un helado con las niñas y nosotras entramos para salir en antena, yo estaba de los nervios.

Zulema hizo tal presentación de mí, que me sentí la Vargas Llosa de la romántica, tuve hasta que aguantar la risa, con que buenos ojos me veía mi cubana.

La entrevista duró casi dos horas, varios colaboradores se habían preocupado en leer mi primera novela de Cuba que escribí en mis comienzos y comenzó una ronda de preguntas de lo más divertidas.

Me lo pasé pipa, me olvidé de que aquello estaba siendo transmitido en todo el país y parte de Latinoamérica, así que me relajé, actué tal y como era yo y todo salió todo de lo más bonito.

Al salir fuimos al bar de Fidel y este me felicitó nada más verme, le había encantado el programa y se había enterado de cosas más que ni siquiera sabía, se le veía de lo más emocionado.

Las chicas se despidieron cuando él terminó de trabajar y nosotros nos fuimos a pasear y a cenar por ahí, me apetecía mucho estar ese día en la calle.

Fidel me iba contando un poco de su vida desde pequeño y me tenía que reír con sus cosas. Había sido siempre un buscavidas, había luchado para sobrevivir él y su madre, que, a pesar de que él no quería, ella aún seguía cosiendo para la calle, era también una guerrera.

Las calles estaban como siempre de lo más animadas, llena de color, de vida, de música, de risas, de turistas admirando cada rincón de la ciudad y es que no era para menos, Cuba enamoraba.

Me tenía muy preocupada esa tristeza que parecía que ahogaba a Fidel, de vez en cuando se le escapaba algún que otro suspiro que me arrancaba el alma ¿Qué le pasaba?

Esa noche dormimos abrazados, no hubo sexo, solo amor, besos, caricias y miradas que lo decían todo y que, por supuesto, eran imprescindibles en muchos momentos.



Capítulo 14

Despertamos apresurados, se nos habían pegados las sábanas, así que tomamos un café rápidamente y nos despedimos, él tenía que ir a trabajar.

Yo me puse a escribir un rato y luego bajé al café que tanto me gustaba, en ese momento recibí un mensaje de Claudia, diciendo que fuera para su casa que tenía que hablar conmigo.

Ese “tener que hablar conmigo”, como que me había dejado en *shock*, rayada y pensando un sinfín de cosas que podían haber sucedido.

Tras el desayuno me dirigí a su casa, las princesas jugaban en el patio y Zulema y Claudia me metieron a la cocina.

—Me estáis asustando...

—Verás Ari, nos da mucha pena contigo contarte algo que anoche nos enteramos y que es verdad.

—Claudia, habla rápido que me pongo muy nerviosa.

—Ayer nos encontramos a Candela, una amiga mía de aquí, de La Habana Vieja con la que estudié, y nos tomamos un refresco con ella.

—¿Y?

—Nos contó que estuvo con un chico hace cuatro meses, pero de repente el cambió y se quitó de en medio porque había conocido a una turista.

—¿Me estáis hablando de Fidel...?

—Sí.

—Pero vamos, ellos no habían sido novios ni nada, ¿no?

—No, solo estuvieron liados dos semanas antes de conocerte a ti y fue cuando comenzó a no quedar con ella.

—Pues no me siento culpable, no tenían nada serio.

—El tema no es ese, escúchala —dijo Zulema con rostro triste.

—¿Entonces?

—El tema es que un mes después cuando tú ya te habías ido, Candela descubrió que estaba embarazada.

—¡Mi madre! —exclamé mientras mi corazón se ponía a mil por hora.

—Ella se lo contó a Fidel y este le dijo que la ayudaría con el tema del niño, pero que no podía estar con ella, que no la amaba.

—Ni conmigo tampoco, para no poder subsistir muy bien que se la jugó, haberse puesto un condón y no haber liado esto ¡Qué asco de tío! —exclamé con rabia—. Lo que no sé es si lo sabrá su madre, aunque como sea igual de actriz que el hijo... Ya sabía yo que le pasaba algo, había cierta tristeza en sus ojos que me daban mucho que pensar. En fin...

—Nos da pena por ti, pero queríamos que supieras la verdad.

—Yo os lo agradezco, ahora me tengo que ir a tomar un mojito a su bar, uno o media docena. Ese no sabe que yo por las buenas soy la mujer más linda del mundo, pero por las malas, soy peor que un lobo hambriento —me levanté sin dejarlas hablar y me fui hacia el bar.

Anduve las calles hasta llegar a él en plan militar, con cara de querer matar a quién me hablara y con las gafas de sol a lo grande tapando la maldad de mis ojos. Ese se iba a reír de quién le saliera de los huevos, pero de mí no, mentiroso, asqueroso...

—Un mojito, por favor —dije entrando en plan chulesco, con cara de que como hablara se la partía y me senté con un cabreo monumental.

—¿Qué pasó “mamita”?

—No, “mamita” yo no, mamita la Candela, dame el mojito o entro y me lo pongo yo —su rostro era blanco, ya no era mulato, era tirando a vainilla.

—Tenía miedo a...

—¡Qué me des el mojito y te calles!

—No he cometido ningún crimen —se puso a preparar el mojito.

—Claro que no, pero que eres un sinvergüenza ya te digo yo que sí, has tenido dos putas semanas para contármelo y que yo decidiera sí quería o no estar contigo, dos putas semanas en las que te has reído de mí y de todos, dos putas semanas que te puedo garantizar que no vas a vivir en tu puta vida, pues la verdad te hubiera hecho más grande, pero la mentira te hace todo un ruin.

—Luego cuando salga voy a tu casa y hablamos, “mamita”.

—¡Qué no me llames “mamita”! Que eso me lo puede llamar cualquiera de aquí, que lo que tú me das me lo puede dar cualquiera y con más corazón y a mi casa no vienes porque no me sale del mismo. Una vez que yo salga por esa puerta, no me vas a volver a hablar en tu vida y no por haber dejado embarazada a alguien, sino por haberme engañado cuando he cruzado medio mundo para venir a verte, cuando te he demostrado que soy de verdad sin importarme lo que tuvieras o no, tu corazón era lo que quería, ese que has manchado con tus mentiras.

—No encontraba el momento para decírtelo...

—¡Qué te calles!

—Ariadna...

—No empañes mi nombre en tu sucia boca y, por favor, cállate que me enferma solo escuchar tu voz —di un trago al mojito y me bebí medio vaso.

—“Mamita” —sus lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—“Mamita” yo no, te recuerdo que “mamita” será la Candela —le dije en tono irónico.

Me tomé el mojito y le señalé para que me pusiera otro, necesitaba emborracharme, necesitaba salir de ahí como una cuba y no volver más.

Fidel me miraba mientras atendía a los clientes, yo con mi móvil contando todo a las chicas por el grupo que teníamos las tres, Zulema, Claudia y yo.

Cuando me bebí tres mojitos, me levanté de la barra, lo miré y...

—Te deseo lo mejor, pero a mí no se te ocurra buscarme.

Salí de allí flechada para la plaza de la Catedral donde me senté a tomar un mojito, la cosa iba a ir de mojitos, hombre, por favor...

Al llegar vi a la santera con su mesita esperando a ver quién era la próxima persona que quería saber su suerte y fui yo, mira por donde, tenía ganas de escuchar lo que esa mujer me podía decir, no es que creyera en esas cosas, pero sí que ella tenía mucha fama mundial de acertar todo.

—“Mija”, las cartas hasta temblaron al verte —dijo conforme me iba sentando y ellas las mezclaba en tacos sobre la mesa.

—Normal, lo que no me extraña es que no tiemble todo el primer piso —dije muy enfadada.

—Relájate y haz dos montones.

—Para relajarme estoy yo... —contesté mientras lo hacía.

—La vida os jugó a ti y a él, una mala pasada.

—Dos hostias, por culpa de él, que conste.

—Lo veo, algo que falló lo dejó atado al pasado.

—De por vida, ese ya lleva la hipoteca a sus espaldas y no precisamente de una casa.

—“Mija”, él te quiere.

—Hacer un hijo también, vamos, querer, a una persona que se le quiere no se le miente.

—No veo mentira, veo miedo a contar una realidad y “mija”, eso no es lo mismo que mentir.

—¿Y qué más ves?

—Que vas a hacer una tontería y te puedes arrepentir, solo te voy a decir que ese mulato te ama —seguro que lo de mulato es porque me vio por la plaza con él y se quedó con nuestras caras, aunque iba por buen camino, pero yo me debería de callar para no darle más norte y que sola se lo currara.

—Pues si me ama, que se compre una caja de pañuelos porque le van a hacer falta.

—A él lo engañaron...

—Sí, claro, no sabía dónde la metía.

—Espera, esto habla de una boda.

—Pues será con ella, vamos, antes me tiró del malecón al mar y me ahogo sola.

—Te veo a ti —se encogió de hombros y frunció la boca.

—¿Cuánto te debo? —Quería irme de allí me estaba ahogando con la mujer esa. Una boda, ¡de risa!

—Lo que quieras fue poco.

—Le dejé diez pesitos y mucho era para el disgusto que me había dado, en fin, me senté en una terraza de esa plaza donde un grupo cantaba por Polo Montañez y me pedí otro mojito, sin favor, a la mierda la educación, ya me la habían dado y bien dada.

Mi móvil echaba humo con Zule y Claudia, pero es que pasaba de hablar, estaba enfadada, me sentía mal, una imbécil, ni más, ni menos. Anda que había que ser tonta para que me la dieran de esa forma, sabía yo su tristeza, acojonado tenía que estar, una boca más que alimentar, casi nada.

Un mojito, dos mojitos, tres mojitos, más los tres del bar de Fidel eran... ¡Media docena! Eso se merecía un baile, así que me levanté, me puse al lado del grupo que cantaba y me metí en el cuadro, como si fuera parte de ellos que me miraban sonriendo mientras cantaban y tocaban los instrumentos.

Les pregunté si se sabían “Las habaneras de Cádiz” y afirmaron sonrientes, no me lo podía creer, me pusieron un micro y la comenzamos a cantar, no me pude reír más cuando vi a Zulema y Claudia con las princesas de brazos cruzados mirándome, negando, pero riendo.

“Verás que tengo mi alma en La Habana, no se me puede olvidar...”

Cantaba emocionada con aquel grupo mientras miraba a mis amigas.

“Las olas de la caleta que es plata vieja”

Como me gustaba esa canción y como la estaba disfrutando escondiendo el dolor que sentía dentro de mí.

“Que tengo un amor en La Habana y otro en Andalucía...”

Disfrutaba con ese tema, lo bailaba.

“La Habana es Cádiz con más negritos, Cádiz es la Habana con más salero”

Hasta tocaba las palmas a ritmo de la canción.

Cuando terminé me tiré un selfi con los chicos y me fui hacia mis amigas.

—Ari, has bebido, ¿verdad? —me preguntó Claudia poniendo cara de resignación.

—Un poquito —hice el gesto con los dedos.

—Vamos a casa a comer —dijo cogiéndome por el codo.

Les conté a mi modo lo que había pasado en el bar, así que las dos se miraran como diciendo, que la que no habría liado yo, pero me daba igual, se lo merecía por mentiroso.

Comí con ellas mientras lloraba, pues ahí reventé a llorar como a la que le han arrebatado la vida. Impotencia, dolor, de todo sentía, pero por mi vida que a ese mulato lo olvidaba yo. Ahora iba a disfrutar de Cuba desde mi libertad, no miraría hacia atrás, ni para coger impulso.

Por la noche me acompañaron a casa y las pequeñas se quedaron a dormir conmigo, mis princesas no me querían dejar sola ante mi dolor y es que, aunque aún eran unas niñas, se habían enterado de todo, bueno, de que ya no estaba con Fidel...

Una hora en la cama las dos menudas interrogándome sobre España, sobre lo que hacíamos, como vivíamos, ya les expliqué que igual, tampoco le iba a entrar en detalles de economía, eran pequeñas, así que con decirle que había ciudades, bares, la gente bailaba, pero allí se estilaba el flamenco y que teníamos playas, pues ya íbamos bien.

Me dormí un poco más llena por tener a mis consentidas arropándome, pero que triste estaba, que decepcionada y que mal me sentía, como me habían arrebatado mi historia de las manos. Desde luego todo no podía ser como las novelas que escribía y les daba el final que me daba la gana, no, esto era un “ahí te jodes y te lo comes...”

REFLEXIÓN DE FIDEL

Ni en mis peores pesadillas había podido imaginar que la burbuja de amor y felicidad se iba a desinflar como a un globo que le ha llegado su hora y vaga solo por el cielo sin un destino fijo.

Estoy desolado, no sé qué voy a hacer, la situación se ha desbordado, se me ha ido de las manos, yo solo quería estar con Ariadna y hacerla feliz, pero todo se ha ido al garete.

La amaba. Antes no sabía realmente lo que era faltarte el aire al sentir como el corazón se para para luego bombear con una fuerza sobrehumana, pero ahora sé realmente lo que es. Cuando no dejas de pensar en esa persona, cuando es tu aire para respirar, cuando verla por la mañana es el mayor regalo que te da el destino. Ella era eso y más para mí, y saber que ahora no quiere ni verme es algo que me mata por dentro, que me rompe de arriba abajo.

No me puedo imaginar vivir sin ella, sé que algún día se irá y que esto solo era un viaje para volver a vernos, sé que no merezco que se quede aquí conmigo y estar yo con ella sea aquí o en cualquier lugar, pero esto complica tanto las cosas que me entristece inconmensurablemente que ya no podemos disfrutar juntos los días que le quedan en Cuba. Es simplemente una pesadilla que jamás creí vivir.

Ella tiene ahora, víctima de los cuchicheos vecinales, una imagen muy distorsionada de mí. Aunque bien es cierto que estuve con Candela, no fueron más que dos juegos de cama y no sentía ni por asomo, lo que siento por Ariadna.

Ella solo era una chica linda con la que disfrutar de la vida, ambos lo teníamos claro y sabíamos qué era lo que teníamos, pero nada más. Yo no he mirado a otra mujer como he mirado a mi ángel, es más, ni se me ocurriría.

Cuando uno observa al amor de su vida, todo lo demás desaparece, se ve borroso, y no te atrae ni interesa otra persona que no sea la que tienes delante, la que ilumina cada uno de los días que pasan y eso es Ariadna para mí.

Podría decir que es un soplo de aire fresco, uno que me azotó el rostro y puso mi mundo patas arriba, que me hizo ver las cosas desde otro color e hizo que mi cuerpo vibrara como jamás lo había hecho. Sin duda, ella me ha devuelto la vida, que parecía marchita desde que mi papá se marchó. Ha sido la pintura que ha decorado el lienzo de mi alma.

Cómo me arrepiento de lo ocurrido con Candela, Ari no se puede hacer una idea. Puede que la primera vez que intimé con ella estuviera en plenas facultades, pero no en la segunda, que había tomado más de la cuenta, más tragos de los que pude contar y

apenas recuerdo nada de lo que pasó. Me imagino que el preservativo se perdió en el limbo, como mi consciencia, y aquel día fue el fin de mi vida.

Dicen que tomar unos tragos de más puede joderte la vida, pues yo soy un caso fehaciente de ello, no por tener un hijo, que debería ser lo más bonito del mundo, sino porque un desliz, un error pasado, puede hacer que en el presente todo se complique y el que es el amor de tu vida se desvanezca como los tragos en la boca.

Estoy destrozado, me he pasado entre lágrimas, incluso en el trabajo, apenas podía mantenerme cuerdo. La tortura de pensar que podía perderla y que los días que le quedaban aquí en Cuba no los iba a compartir conmigo me había enloquecer. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Me seco las lágrimas de nuevo, que bañan poco a poco las sábanas de mi cama, donde estoy sentado mientras hablo con mi subconsciente mientras trato de buscar una solución desesperada que me ayude a recuperarla. Como si eso fuera tan sencillo...

Sé que va a ser complicado, sobre todo, porque es cabezona, obstinada, rencorosa y ácida en sus palabras, pero haré lo que sea, lo que me pida, porque saber que puede guardarme rencor durante toda su vida es algo que no puedo soportar.

Sé lo que tengo que hacer con Candela. No quiero estar con ella y creo que se lo dejé claro cuando conocí a Ariadna. Ella solo era un juguete para mí, como yo para ella, y ambos lo supimos siempre, desde el primer momento.

Pero con Ari es diferente. Jamás la consideré un juguete. Ella era mi todo, mi mujer perfecta, la mujer de mi vida. Alguien con la que sueñas cuando cierras los ojos y sabes que no quieres que se convierta en un amor platónico, de esos que no puedes nunca atrapar con las yemas de los dedos. Quiero que sea real y quiero que sea para siempre.

Está claro que me haré cargo de ese niño. Mi padre me enseñó que tenía que ser responsable y hacerme cargo de todo lo que hiciera en la vida, sin abandonar las cosas, fueran lo difíciles que fueran, pero, ¿a qué precio? ¿A costa de perder a Ariadna? No, no quiero eso, me niego.

Así que eso haré, cuidaré y criaré a ese niño, pues es mío, aunque no esté con su madre, porque no la quiero. Trabajaré de sol a sol si es necesario para que no le pase nada, me dejaré la vida para que la suya sea feliz y no le falte un plato de comida que llevarse a la boca.

Solo debo encontrar la manera de que ella me perdone y quiera volver a mi lado, mi Ari... Hablaré con ella, se lo explicaré todo, le hablaré de mis sentimientos, sacaré mi artillería pesada, haré lo que sea, porque joder, es que la quiero, la quiero como nunca he querido a nadie y no renunciaré a la mujer de mi vida, sobre todo, porque es la dueña de mi corazón, y desde que se ha alejado ya no late, está muerto si ella no está conmigo.

Voy a luchar por ella, aunque sea lo último que haga, porque la quiero, ¡la quiero!



Capítulo 15

—Queremos desayunar —murmuró Angy encima de mí.

—Yo quiero morirme —bromeé poniendo la almohada sobre mi cara, esa que no tardaron ni dos segundos en quitarme mis princesas.

—No, no te quieres morir, nos tienes que cuidar —reía Chanel.

—También es verdad, así que lavaros la cara, ahora voy a peinaros, mientras vestiros que nos vamos a desayunar por ahí.

—¡Bien! —gritaron emocionadas.

Me levanté, fui también a lavarme la cara, los dientes, peiné a las peques y listas para irnos a pasear bajo el sol radiante de La Habana, eso sí, con los bañadores debajo y lista para pasar el día.

Llamé a Claudia para decirle que no nos esperaran hasta la tarde que me llevaba a mis consentidas a pasar el día por la ciudad, se quejó de que ella y Zule también podía venir al menos hasta que Zule se fuera a trabajar, pero les dije que nanai, que era mí día con las peques.

Nos fuimos a desayunar a una cafetería frente al malecón, nos sentamos allí en plan señoritas total y nos pedimos un desayuno de esos que salen en la tele y son dignos de reyes, pero como nosotras lo valíamos, nos pusimos a disfrutar como Dios manda de eso.

Chanel me contó al ver pasar a una santera que cuando su madre tuvo que estar vestida un mes así para ser santa. Yo me la comía, pero eso mejor me lo iba a tener que explicar Claudia, que eso no lo sabía, aunque le había visto una especie de altar con cosas que me daba a mí que algo tenía que ver con eso.

Del desayuno nos fuimos a un hotel a la piscina, donde comimos en la terraza que había, así que nos pasamos todo el día entre el

agua, los refrescos y la comida.

—Tita y cuando te vayas, ¿cuándo volverás? —preguntó Yanet.

—No lo sé, pero tengo que ir a conocer tu ciudad y tu casa —sonreí.

—Pues yo también me voy —contestó Chanel dándolo por sentado.

—Pues claro, ahora nos toca invadir la casa de ella —señalé a Yanet que reía feliz.

Yo no podía con las dos, me iba a dar algo de la risa ¿Cómo podían esos dos cuerpecitos ser tan presumidos? Bueno, es que eran dos cucadas de niñas, más bonitas imposible, dos bomboncitos caribeños que iban a volver al país loco con sus bellezas.

Luego nos fuimos a merendar un helado, así mismo, un buen helado para cada una en una heladería que tenía también unas crepes con chocolate, que se me hacía la boca agua de pensarlo.

Pues como en el desayuno, ese día nos pusimos guarras de comer, vamos que íbamos a explotar, pero bueno, ¿había mejor placer que saborear las delicias de la vida?

Por la tarde las dejé en casa de Claudia que ya esperaba a Zulema, ni me entretuve pues estaba agotada, quedé que por la mañana iría a verlas.

Llegué a casa, me duché, me preparé un sándwich de pollo con mahonesa y me puse a escribir.

Me dieron las doce de la noche, relaté tal y como lo había vivido todo, al fin y al cabo, la historia de mi novela la pensaba acabar y publicar, aunque fuera así, sin final feliz, pero era mi historia de regreso a la isla.

Me acosté y volví a llorar, esto me estaba haciendo mucho daño, la noche anterior no lloré por las niñas, pero ahora estaba haciéndolo desconsoladamente y es que me había enamorado de él.

REFLEXIÓN DE FIDEL

Llego a la cama y me dejo caer derrotado. La verdad es que cada vez se complican más las cosas y no sé qué hacer. Ariadna no quiere saber nada de mí, está muy enfadada y eso me duele el alma.

Hoy he pedido salir unas horas antes del trabajo, debo más horas que días quedan en el año, espero poder recuperarlas o este mes vamos a comer aire mi madre y yo. Pero la verdad es que es por un buen motivo.

He caminado durante más de una hora bajo el sol abrasador, pero Ariadna se merece eso y más, se lo merece todo, y al fin he llegado a casa de Claudia, la amiga de Ari después de antes haber hecho un recado, por eso tardé tanto en llegar. Necesito que sus amigas me ayuden, necesito recuperarla y no sé a quién más acudir.

Cuando llego, se encuentra allí Zulema con Claudia, así que lo agradezco, son chicas maravillosas que estoy seguro de que si me escuchan podrán ayudarme a recuperar lo que más quiero en este mundo.

Me atienden y eso es más de lo que cabría esperar. Me dicen que Ariadna está con las niñas, sus niñas, Angy y Chanel, se han ido a dar un paseo y la verdad es que es la primera vez que agradezco que mi ángel no se encuentre aquí, necesito hablar a solas con las chicas y pedirles que me ayuden.

Hablamos de todo lo ocurrido, soy muy sincero con ellas, siempre he buscado serlo con todo el mundo, aunque pueda que por miedo a ser sincero con Ari y buscar el momento oportuno, esa supuesta espera para poner las cartas sobre la mesa, es lo que me ha hecho perder al amor de mi vida.

La idea de la prueba de paternidad está en la cabeza de los tres. Yo no tengo claro que no me pusiera el chubasquero aquella noche. La verdad es que en todos los sentidos soy muy responsable y más con ese tema, incluso borracho me parece muy sospechoso que yo no me hubiese puesto un preservativo para estar con una mujer.

Sé cómo está el país y lo que cuesta salir adelante, mi madre y yo lo sabemos bien, que con un sueldo de cien pesos o a veces menos, dependiendo de mis propinas, tenemos que pagar muchas cosas, los gastos, la comida y en ocasiones sus medicinas. No puedo concebir tener un desliz sin protección que pueda acarrear me tener que alimentar otra boca, es que es inviable.

Todos tenemos claro que para salir de dudas y estar seguros de que el niño es mío hay que hacer una prueba de ADN intrauterina,

pero la prueba cuesta nada más y nada menos que cien pesos, mi sueldo de un mes y no me lo puedo permitir. No puedo dejar a mi madre sin comer y si no pago las cosas me arriesgo a que vivamos aún peor. No permitiré que mi madre pase una noche en la calle en su estado, por encima de mi cadáver. Tengo que buscar otra solución para conseguir dinero.

Vender mi cuerpo no es una opción, Ari jamás me lo perdonaría, aunque lo hiciera por un buen motivo, y vender productos prohibidos tampoco es viable, sobre todo porque si me pillan, no solo no vería más a Ariadna, sino que no vería crecer a mi hijo, en caso que fuese mío, porque estaría encerrado en la cárcel.

Estoy más que desesperado, aunque parezca cruel le estoy rogando a todos los dioses que existen de todas las religiones posibles que no sea hijo mío, que no sea mi ruina y que Ariadna me perdone y podamos estar juntos, aunque solo sea los días que le quedan de estar en Cuba, pero parece que últimamente los sueños se convierten en pesadillas y nada me sale bien, es como si me hubiese mirado un tuerto.

Me cojo la cabeza entre las manos y lloro, lloro como un niño, no por tristeza, sino por desesperación. Solo quiero despertar y que todo haya sido una pesadilla, que nada de esto esté sucediendo y me encuentre a Ari en mi cama con esa sonrisa en los labios que me hincha el alma y ese brillo en el rostro que me ciega de felicidad.

Pero no consigo despertar y, aunque me pellizco, la pesadilla es real y tengo que solucionarlo para que vuelva a ser un sueño.

Las chicas me han dicho que van a ayudarme, pero sin contarle nada a mi ángel. Si ella se entera es posible que se enfade con Claudia y Zulema por ayudarme, aparte de causarles problemas a ellas también. No puedo permitirlo.

No me han dicho cómo lo van a hacer, pero me han prometido conseguir los cien pesos para la prueba de paternidad y la verdad eso es como un soplo de aire fresco, como un pequeño rayo en esta oscuridad que me envuelve por momentos y que solo puede arreglar la luz de Ari.

Seco mis lágrimas y dejo de llorar, aunque me cuesta, no quiero que mi madre me vea así, no quiero preocuparla, ella ya tiene

suficiente con lo que tiene, aunque de tonta no tiene un pelo y sabe que pasa algo.

Solo espero que el hijo de Candela no sea mío, no porque no quiera hijos, sino porque no me imagino con unos hijos míos que no sean también de Ari, con ella lo quiero todo, todo.

Me coloco en posición fetal en la cama y trato de cerrar los ojos para descansar. Tengo la cabeza en ebullición, los pensamientos se me amontonan en ella y me duele como sus miles de cuchillas me arañaran por doquier.

Intento dormir un poco rezando para que las chicas consigan los cien pesos y podamos solucionar esto cuanto antes y poder recuperar a mi ángel, porque si no, ¿qué sentido tiene la vida si no puedes despertar al lado de la persona a la que amas todas las mañanas?



Capítulo 16

Ducha, bolso y a salir, ni café ni nada, ese me lo tomaba yo en la calle en mi cafetería favorita.

Desayuné y me fui hacia la casa de Claudia, las niñas se la habían llevado unos familiares de esta y estaban las dos solas.

—Ari, me da mucha pena, pero te tengo que pedir un favor...

—Dime, claro ¿Pasó algo?

—Un familiar mío necesita cien pesos para un tema médico...

—No me digas nada más, por supuesto —abrí mi cartera y se los puse sobre la mesa.

—No te lo voy a poder devolver...

—Ni yo lo quiero, no te preocupes, ni te apures, todo sea eso.

—Gracias amiga, gracias.

Zulema me miraba sonriendo, pero con cara de preocupación, en el fondo eran un apoyo muy grande la una para la otra.

Claudia salió a llevar el dinero al familiar y nosotras nos quedamos cocinando, charlando sobre lo mío con Fidel.

—Mi vida, yo entiendo que estés dolida con Fidel, pero eso le pasó antes de ti.

—Ya te expliqué que no era eso, es el engaño, me lo pudo decir antes de venir, aunque él no lo supiera que yo lo haría, pero debió contármelo si confiaba en mí y más aún cuando me vio aquí, ahí sí que lo debería de haber hecho, pues yo ya hubiera decidido si quería vivir esto con él o no...

—¿Pero tú te has puesto en su lugar?

—¿Y tú te estás poniendo en el mío?

—Mi vida, no es por eso, claro que me pongo, pero hay cosas que la razón no entiende, no todo tiene que ser blanco o negro.

—No, para mí es obvio que todo fue una traición y una deslealtad a los principios.

—Ari, no debes cerrarte.

—Ya lo estoy y con candado y todo, tenlo claro, al menos para él.

—Pero si lo amas y él también te ama...

—Si él me amara no me habría escondido eso, sabía yo que le pasaba algo, el mojón en el culo es lo que tenía.

Zulema creía mucho en el amor y era una persona que intentaba ser justa, sabía y entendía lo que me quería decir, pero lo que no comprendía que a mí el que hubiera dejado embarazada a alguien antes de mí, me daba igual, era el hecho de no haberlo sabido gestionar a tiempo conmigo. En fin, la pescadilla que se muerde la cola.

Claudia volvió y nos sentamos a comer, también intentó empezar con el tema, pero les dije que no me apetecía hablar más de eso, que estaba saturada y que ese día me iba a pasar la tarde en casa, escribiendo y relajada.

Tras la comida me despedí de ellas y me fui hacia la casa, la verdad que me eché a dormir una siesta y cuando me levanté me puse a escribir hasta la hora de la cena que me duché y me senté a cenar una ensalada de pollo y pasta que me había preparado.

Esa noche volví a llorar de tristeza, estaba desconsolada, me sentía con el corazón en otro lugar y el alma desgarrada, era una sensación triste, fea, de esas que duelen mucho.



Capítulo 17

El viernes me levanté con una sensación tan fea que me sentía insoportable conmigo misma.

Me preparé un café y me senté sobre el quicio de la ventana, mirando a la calle, la vida ya comenzaba a hacerse notar y es que en el Caribe amanecía muy temprano.

Esa noche iba a salir a la discoteca, me iba a ir a La Fabrica del Arte, ese lugar donde se gozaba de lo lindo.

Claudia esa noche se iba a llevar a las peques con su enamorado, así que le puse un mensaje a Zulema y me dijo que sí, que nos íbamos por ahí de fiesta.

Me quedé toda la mañana en casa, escribía, cocinaba, escuchaba música, intentaba hacer de todo y no pensar, pero era inevitable, el dolor que sentía me tenía arrebatada.

Tras la comida me acosté un rato debajo de ese ventilador que se había convertido en mi aliado, menos mal que se me pasó ya el rojo gamba que había pillado en Varadero y ahora ya estaba morena, aquel rojo me había hervido en todo el cuerpo.

Por la noche apareció por mi casa Zulema, preciosa con un vestido corto blanco, parecía una modelo, bueno es que lo era, más bonita que todas las cosas.

Nos fuimos a cenar algo y luego tiramos para la Fabrica, a ella le encantaba bailar, así que esa noche tocaba mover el esqueleto a ritmo cubano ¿Algo mejor que eso? Pues estar con Fidel sin haberme traicionado, pero como no pudo ser, siempre me quedaría bailar...

Nos pedimos unos mojitos y nos pusimos a un lado de la sala, al final terminamos siendo las reinas de la pista.

Allí bailamos en coros, sin coros, en pareja, con todo ser viviente que moviera el esqueleto como nosotras, a veces la música, es el mejor medicamento para el alma.

Reímos, bailamos, gozamos, aunque no se me borró ni un momento de la mente Fidel, es más, mientras bailaba imaginaba que me miraba y yo me volvía más seductora, más coqueta, la imaginación era eso, dejarla volar...

Nos recogimos a las tantas, ella se vino a mi casa a dormir, por la mañana ya se iría junto a su hija a casa de Claudia, yo no sabía ni lo que haría al día siguiente, estaba un poco mareada con toda mi situación, esa que me tenía en una noria de sentimientos que me hacían mucho mal.

REFLEXIÓN DE FIDEL

Las pruebas están hechas y la suerte está echada. La verdad es que tengo los nervios a flor de piel. Estoy más nervioso que cuando fui a la entrevista de trabajo para el bar después de estar dos años robando comida en los contenedores de los supermercados para llevarme algo a la boca cuando no había trabajo para poder moverme.

Ya es viernes, solo tengo que esperar al lunes para saber si el hijo de Candela también es mío o no lo es y, sinceramente, aunque suene algo cruel, prefiero que no sea hijo mío. A Candela no se la conoce en La Habana precisamente por ser una puritana, que se ha abierto más de piernas que los ojos en la mañana.

Le ha costado aceptar que le hicieran las pruebas de ADN, cosa que no entiendo. Si tan claro tiene de que es hijo mío, no entiendo esas reticencias a la hora de hacerse las pruebas. Al final he tenido que presionarla, casi amenazarla, diciendo que si se niega saldrá a la luz algo que sé y que a ella no le interesa que se sepa. No he querido dar muchos detalles, aunque ella sabe perfectamente lo que es.

No debería tener miedo a los resultados. Imagino que será porque tiene miedo a qué la aguja para la prueba le haga daño al bebé, aunque ya avisó el doctor que era muy seguro y que el bebé no sufriría daño alguno.

Ya no puedo hacer nada más, ahora es el destino el que debe decantar la balanza hacia un lado u otro. Como siempre digo, la suerte está echada.

No puedo seguir aquí, tumbado en la cama lamiéndome las heridas, lloriqueando como un niño herido que se ha raspado la rodilla al caerse de la bicicleta, tengo que salir, tengo que verla, para poder soportar un día más.

Es por eso por lo que salgo por la puerta, sin despertar a mi madre, que ya duerme, y me encamino a la Fábrica del Arte, que es donde sé que se encuentran las chicas. Allí está Zulema y Ariadna bailando con una copa en la mano.

Me escondo en la más profunda de la oscuridad para no ser visto y desde allí las observo, bueno, observo a mi ángel, que es la que a mí me interesa. Parece que lo está pasando bien, aunque su rostro no transmite felicidad, sino todo lo contrario, bajo esa máscara que se autoimpone y el maquillaje cuidado, se esconde un rostro triste, apesadumbrado.

Los chicos se les acercan para bailar con ellas, malditos, pero ellas declinan las ofertas, solo quieren bailar solas y evadirse de todos, aunque terminan bailando con unos y con otros.

Me siento en el suelo, entre unos matorrales a oscuras, mientras pasan las horas. Si estuviera ella conmigo me diría que aquí solo podría verme si sonrío o alguno de sus chistes que me enamoran de ella cada día más.

Eso es lo que necesito, que vuelva conmigo la chica de la que me enamoré como un loco, por la que vivo y por la que mi corazón late con fuerza.

Yo no sé si el hecho de que salgan las pruebas negativas, que ojalá, y se descubra que no soy el padre, puede hacer que vuelva conmigo, o al menos conseguir un acercamiento para que pueda volver a conquistarla.

Pero si sale positivo, no quiero ni imaginarlo, no creo que quiera volver a verme ni a saber nada más de mí y eso no sé si voy a poder soportarlo. Solo crucemos los dedos y recemos para que todo salga bien.

Baila de una manera tan sensual ahora que vuelvo a mirarla con atención, que me muero de ganas de ir y tomarla de la cintura para bailar de esa manera tan sensual que nos caracteriza, como en el hotel de Varadero, donde nuestros cuerpos se restregaron hasta convertirse en uno solo.

Todos los allí presenten nos miraban con envidia mientras calentábamos el ambiente y nos calentábamos a nosotros mismos, pero no puedo acercarme, ella sigue muy cabreada. Prefiero ser prudente y que cuando me acerque a hablar con ella sea porque tengo ya claro el resultado de las pruebas, para ver si puede y quiere perdonarme y si me deja compartir cada minuto que le quede aquí a su lado.

Parecen cansadas y cuando Zulema le susurra algo al oído ambas salen del local, me imagino que rumbo a casa. Las sigo en silencio y escondido. Cuba no es un lugar seguro y, sobre todo, por las noches. No quiero que las ataquen, les roben los bolsos o cosas peores.

Llegan a casa sin altercados por el camino, cosa que agradezco y cuando ya están seguras, camino yo hasta la mía. Me meto en la cama y acaricio el tatuaje que se borrará en unos días con su inicial y el infinito que nos hicimos en el hotel.

La verdad es que ya casi ha desaparecido, pero me gusta pensar que cuando lo acaricio, la estoy acariciando a ella, porque si no, voy a volverme loco.

Estoy tan triste y la extraño tanto...Tomo mi cojín, que todavía huele a ella y lo abrazo mientras lo huelo en silencio, empapándolo con mis lágrimas y susurrando su nombre en voz baja.

Esto me está destrozando por dentro a niveles inimaginables y la verdad es que no sé cómo voy a ser capaz de salir de este pozo si ella es incapaz de darme una segunda oportunidad después de todo lo sucedido.

Todo el tiempo me estoy escudando en el resultado de las pruebas para poder recuperarla. Pero, ¿y si salen positivas? Y en el caso de que sean negativas, ¿aun así será capaz de darme una segunda oportunidad?

Empiezo a susurrar, casi con la voz rota, la canción que un día le canté, Flor Pálida versionada por Marc Anthony, realmente es de Polo Montañez, porque ella es la flor que siempre quiero tener en mi jardín y regarla hasta que muera.



Capítulo 18

Ese sábado me levanté un poco de mejor humor, pero el dolor era el mismo.

Después de desayunar con Zulema nos fuimos a casa de Claudia y recogimos a las niñas ya que Clau se iba con su amor a pasar el día y la noche, no regresaría hasta la tarde siguiente.

Yo les tenía una sorpresa así que las hice poner un bañador, se vistieron y metieron ropa de cambio para la noche y el día siguiente, así que pedí un taxi y rumbo a un hotel todo incluido en La Habana, el Meliá para ser más exactos.

Una pasada cuando las chicas lo vieron, Zulema no podía dejar de poner la boca abierta con la habitación y cuando llegamos a la piscina con esa exclusiva barra de bar dentro, se echaron las manos a la cara.

Teníamos veinticuatro horas para disfrutar de ese lugar, comer y beber lo que nos diera la gana, así que se abrió la veda y allí estábamos, con bañadores, gafas de sol y, ¡a gozar!

Me senté con Zulema en la barra acuática, nos pedimos unas piñas coladas y lo mismo para las princesas, indudablemente para ellas sin alcohol.

—Te quedan doce días en Cuba...

—Sí, Zulema, el paso de los días me causan un poco de nerviosismo, estoy tan bien aquí...

—Siempre puedes extender el visado otros treinta días.

—Lo sé y a pesar del dolor de lo que me pasó con Fidel, me quedaría, es verano, aún falta agosto por delante y lo que voy a hacer allí lo puedo hacer desde aquí, pero no sé, creo que está bien con el mes, ya volveré, eso lo tengo claro...

—Pues piénsalo, ya que estás...

—Sí, para pensar estoy yo ahora mismo... —Me bebí la copa de dos tragos y es que estaba riquísima, pedí otra.

—Venga, ánimo, que seguro que en unos días ya ves las cosas de otra manera —acarició mi mano.

Como decía la canción “Las Habaneras” de Carlos Cano, yo tenía mi alma en La Habana, ese lugar que me había conquistado la vida, el corazón y el alma, esa era la verdad, a pesar de lo acontecido.

Las pequeñas estaban disfrutando en esa piscina de lo lindo y nosotras charla que charla. Me contaba cosas de su vida Zulema y casi me las podía imaginar como si las hubiera vivido con ella y es que la iba conociendo a la perfección.

El camarero era muy gracioso, no paraba de charlar con nosotras y yo, bueno, yo lo sometí a un interrogatorio, ya sabía que estaba divorciado por dos veces y que decía que buscaba su tercer divorcio, o sea, que se iba a volver a casar.

Tenía tres hijos reconocidos de sus dos matrimonios anteriores, eso sí, recalcó que, si había alguno más por ahí, lo desconocida. Que morro le echaba el tío, pero que pechá de reír me estaba dando.

Nos preparó los cocteles hasta la hora de la comida que nos fuimos a arrasar al *buffét*, vaya si comimos, lo que pudimos y más. Las pequeñas iban sacando barriga diciendo que iban a explotar.

Pasamos toda la tarde en la piscina y luego fuimos a la habitación a ducharnos, cambiarnos y bajar que había música en vivo y una cena que ponía nuestros nombres, otra arrasada en el *buffet* para luego no poder ni con nuestras vidas.

Nos acostamos a la una de la mañana, las pequeñas iban zombis para la cama y quejándose de que no podían con su alma y era normal. Vaya día de piscina que se habían metido...



Capítulo 19

Las princesas nos despertaron para ir a desayunar, aprovechamos para dejar la habitación ya que había que hacerlo antes de las doce, así que entregamos las llaves, nos fuimos al *buffét* y luego para la piscina, pues una cosa era entregar las llaves y otra que nos fuéramos, nos habían dejado hasta las seis como cortesía y lo íbamos a aprovechar a tope.

Zulema me intentaba hablar de Fidel, pero a mí me entraba hasta ansiedad, es que no sabía explicarme sobre eso, sobre la sensación tan mala que había dejado de mí ocultándome la realidad de las cosas, de los hechos. Me había sentido engañada, traicionada y eso era un sentimiento muy agrio.

Después de toda la mañana en la piscina nos fuimos a comer al *buffét*, ese que era la última vez que íbamos a pisar por lo que Chanel y Angy decían que se iban a comer todo, yo moría con ellas, pero lo peor es que yo iba arrasando con todo también.

Estuvimos dos horas comiendo, sin exagerar, también charlando, eso también, pero lo que más comiendo. Zulema nos miraba alucinando impactada por el atracón que nos estábamos dando, nos dijo de todo, pero a nosotras nos daba igual, todo por delante, todo para adentro.

Nos quedamos por el hotel hasta las seis que fuimos hacia la casa de Claudia, esta aún no había llegado, así que me despedí de las tres y tiré hacia mi casa, estaba agotada y necesitaba descansar, escribir y relajar la mente, esa que la tenía como un volcán a punto de erupción.



Capítulo 20

Lunes, mi día veinte en la isla, la cuenta atrás para volver de nuevo a mi vida, sin mis chicas y decepcionada por lo que yo consideraba mi gran amor.

—“Mija”, ¿tú tienes un poquito de sal? —escuché a una vecina gritar por la ventana que había frente a mi cocina.

Me asomé y era a mí.

—Claro —sonreí.

—Tú puedes ponerla en una bolsitica aquí en la cuerda y yo la traigo hacia mí.

—Claro —sonreí aguantando la risa, esas cosas solo se les ocurrían allí.

Cogí una bolsita, eché bastante sal y la puse con un nudo en el cordel que ella fue jalando hasta llevarlo hacia ella.

—Espere un momento —grité al ver a una pequeña sonriente en la ventana—, que le pongo una cosita para ella —señalé a su hija.

—Está bien “mami”, que Dios te me bendiga.

Abrí la bolsa de chuches que tenía del aeropuerto de Madrid, que compré muchas, tanto para mis princesas, como para tener en la casa.

Le preparé una bolsita bien llenita de todo y se la colgué para que también la llevara hacia ella.

La niña al verla aplaudió emocionada y me gritó un “gracias”, que me sacó una preciosa sonrisa.

La madre me mandó mil bendiciones y se le notaba la felicidad en el agradecimiento, le había gustado ese detalle que yo había tenido con su hija.

Y como yo era de lo más generosa, se me ocurrió otra cosa.

—Dadme tres minutos, por favor, ahora os aviso.

—Vale, “mija”, tú eres una santa caída del cielo.

—No —reí—, pero quiero que probéis el jamón de España.

—Tú te estás quedando conmigo... —dijo la mujer con cara de impacto.

—No —reí y me puse a cortar unas lonchas de jamón que puse en un papelito y dentro de otra bolsa.

Se lo colgué en el cordel y comenzó a llevarlo, cuando lo abrió me miró riendo y feliz.

—“Mami”, tu no necesitas bendición, tu eres una bendición.

—Nada, que lo disfrutéis y cualquier cosita que necesitéis me decís.

—Gracias “mami”, no sabes lo feliz que nos hicisteis.

Después de escribir un poco y meterme un desayuno de campeonato, me fui hacia casa de Claudia, tenía ganas de estar con mis princesas, me daban un chute de energía increíble.

Cuando llegué estaba Claudia hablando por teléfono, se apartó, parecía que no quería que la escuchara, es más, hablaba con monosílabos, pero bueno, todos tenemos una parte de privacidad y no lo tomé en cuenta.

Un rato después colgó la llamada y se vino hacia mí que estaba maquillando a las princesas, les había dicho que me las llevaba a comprar ropa, pero Clau me dijo que tenía cosas que hacer, así que no se vino con nosotras, quedamos en volver para la hora de la comida.

Me las llevé a las peques a la calle Obispo que era donde más o menos podía lidiar para conseguir ropa de niñas, la cosa en Cuba en ese tema era todo un reto...

Les compré un poquito de todo, lo bueno que ahí se aprovechaba todo el año al ser un clima más o menos igual en todo el año, bueno en verano era de pinga, pero es que mi cuerpo ya se había acostumbrado en cierto modo.

Después de muchas compras e irnos a dar el encuentro a Claudia para comer por ahí, nos sentamos en un restaurante cubano que no había estado nunca.

Notaba a Claudia rara, con ganas de contarme algo, con esa sensación que había tenido con Fidel al llegar, como si tuviera ahí guardado algo.

Pero bueno, seguro estaba preocupada por lo de ese familiar enfermo.

Fue ahí cuando Claudia y no por esto que expliqué, si no por un comentario de Chanel, me contó lo de que se hizo Santa, estaba pasando por unos momentos delicados, se aferró y encomendó a Yemaya que es la virgen de Regla, con todo el ritual que aquello lleva, un mes por ejemplo vestida completamente de blanco.

Nos despedimos por la tarde pues ella tenía que ir a casa de un familiar y a llevarle las niñas a Zulema y yo me fui para mi casa, estaba ese día con un bajón en el cuerpo impresionante, nadie se podía imaginar lo que echaba de menos a mi mulato, pero el dolor de saber esa mentira me reventó por completo.

Una hora después llamaron a la puerta, pensé que era Zulema, pero al abrir descubrí que era el mismísimo Fidel.

No sabía si cerrarle la puerta, echarme a sus brazos, chillarle, o tirarme por la ventana, estaba en *shock*.

Le dejé pasar y me fui hacia la cocina, saqué dos refrescos intentando contar hasta diez para no soltar todo lo que se me pasaba por la mente y lo dejé hablar.

—Ari, sé que no voy a solucionar nada, sé que debí ser sincero y ante todo haberte contado la verdad, pero también estaba muerto de miedo pues te amaba más que a mi vida, te quería como nunca amé a nadie y lo sigo haciendo con todas mis fuerzas. Sé que no tengo nada para ofrecerte, que eso no me da derecho a nada, pero no quiero que te vayas de Cuba odiándome, no soy mala persona —decía entre lágrimas.

—Sé que no eres mala persona, sé que eres corazón, pero a mí me fallaste y eso me partió el alma —a la mierda el hacerme la dura, las lágrimas comenzaron a brotar, pero es que nadie se imaginaba las ganas que tenía de abrazarlo.

—No llores, “mami” —se acercó a mí y lo intenté echar para atrás, pero no, él no se dejó vencer e hizo que me abrazara a él con todas las fuerzas del mundo.

—No me duele que vayas a tener un hijo, eso ni lo pienses, si te tuviera que ayudar a sacarlo adelante, puedes contar conmigo, me duele el que no hayas tenido la confianza para contarme algo que era antes de mí.

—No, “mami”, no voy a tener un hijo...

—No digas eso, no antepongas un amor a un hijo, jamás, eso te haría más miserable —dije enfadada.

—No es eso “mami”, es que Claudia y Zulema me ayudaron y tú sin saberlo y hemos descubierto la verdad, ese hijo no es mío. Esta mañana me dieron los resultados... Te mentimos en algo todos, pero ella lo quiso hacer por ayudar.

—No entiendo nada...

—Los cien pesos que te pidió Claudia no era para un familiar, era para hacerle las pruebas de ADN al bebito de forma intrauterina.

—Espera que me voy a desmayar.

—Yo te lo devolveré, juntaré diez pesos todos los meses.

—No es por eso... ¡La mato! —grité viendo como Claudia me la había dado, pero estaba claro que lo hizo por ayudar...

—No “mami”, no la mates.

—No la mataré porque la quiero mucho y sé que lo hizo con la mejor intención.

Me quedé en *shock*, demasiada información para mi cabeza...

Esa noche se quedó conmigo y lo volvimos a hacer, lloré en ese momento, se me saltaron las lágrimas porque Fidel era el hombre que amaba de corazón y juré esa noche que lucharía por él...



Capítulo 21

¿Sabéis lo que es armar la Marimorena? ¡Pues eso hice yo!

A la mañana siguiente cuando Fidel se fue a trabajar me fui a buscar a las chicas y les dije que no quería irme esta vez con las manos vacías y mi corazón en La Habana, me iba a casar...

Las chicas no podían creerse lo que estaban escuchando así que imaginad la que se lio en un momento, lo mejor de todo es que Fidel no tenía ni idea, pero esa noche se lo iba a pedir y quería a Fidel y a su madre en España, conmigo, me los llevaría como fuera, no podía terminar una historia así, no quería ¿Una locura? Sí, por supuesto, pero con esa locura no le hacía daño a nadie.

Nos fuimos a hablar con un contacto de Claudia y le contamos que yo me iba a la semana siguiente, así que nos preparó las entrevistas para hacerla al día siguiente y me dijo que necesitaba algunos documentos que precisamente mi asesor me podía conseguir en nada y que así nos podíamos casar el mismo sábado.

No me lo podía creer, llamé corriendo a mi madre, a Dylan, a Reme, y lo comenté a las chicas Ana, Paz, Carmen y Mercedes. Mi madre me apoyó, confiaba mucho en mí y sabía cómo amaba a ese hombre, es más, me dijo que me la jugara, que, si luego salía mal pues nada, pero que no me quedara con las ganas, eso sí, que ella se pillaba un vuelo el jueves o viernes y se plantaba para la boda.

Me dijo que me traería un vestido de novia que al día siguiente se encargaría de ello y otro para Fidel y que lo celebraríamos por La Habana como Dios manda.

Después de hablar con mi madre pasé por el bar de Fidel y le dije que esa noche necesitaba que recogiera a su madre y se vinieran conmigo a cenar, quería hablar con los dos.

Fidel se quedó sin entender nada, pero aceptó de inmediato, pillé como Claudia le hacía un guiño tranquilizador de que no pasaba nada.

Me fui a casa después de agradecer infinitamente a las chicas todo y me relajé para la cena de esa noche, quería pedirle a mi amor que se casara conmigo, delante de su madre para que me sirviera de ayuda a despejar sus miedos, además, me llevaba en el paquete a los dos.

Esa noche vino Fidel con su mamá a por mí y de ahí nos fuimos a comer a un buen restaurante, la pobre decía que no, que eso era muy caro y yo le dije que la ocasión lo merecía, pero claro, ellos pensaban que era por nosotros habernos reconciliado, además Camila estaba al tanto de todo.

Mientras cenábamos solté la bomba...

—Me quiero casar contigo antes de irme, quiero que luego arregles todo para irte para España y luego tu mamá, no quiero dejar aquí en La Habana a lo que tanto amo.

La cara de Fidel se volvió pálida y la madre se echó a llorar del tirón diciendo que, alabado fuera el Señor. La mujer era muy religiosa.

No les permití nada más, es más, a Fidel que decía que no podía pagar los pasajes de avión y que no podía ofrecermé nada, lo hice callar, no quería nada, solo su amor y juntos construiríamos un futuro en España, yo ya tenía el mío, pero sabía que a él no le faltarían ganas de buscarse la vida.

Por supuesto que aceptó, con la colleja que le dio la madre dijo que sí y se echó a llorar, así que le dije que al día siguiente tenía que conseguir la documentación, que mis padres llegarían el viernes y más lloró con la noticia.

En el trabajo iba a pedir todos esos días hasta que yo volviera a España, luego lo compensaría con fines de semana, pero ahora lo necesitaba a mi lado, disfrutando esos pocos días que quedaban para cometer la mayor locura de amor de nuestras vidas... ¡Casarnos!



Reflexiones de Fidel

Ya solo faltan dos días y estoy que me subo por las paredes. Ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado que las cosas acabarían así, con el amor de mi vida a unas pocas horas de ser mi mujer, que bien suenan esas palabras dichas de mi boca. Mi mujer...

Después de todas las adversidades que habíamos sufrido, las dudas y los miedos, cada vez tenía más claro que lo que había ocurrido tenía que pasar para que nuestra relación se hiciera más fuerte.

Después de lo sucedido con el embarazo, que finalmente no era el padre, fue el detonante de nuestro distanciamiento y pensé que tras eso no remontaríamos, sobre todo, porque tenía un miedo atroz a perder al amor de su vida por algo que ya no podía remediar.

Cuando supe los resultados, me quedé mucho más tranquilo y mi bolsillo también, vi la luz al final del túnel, algo de esperanza entre tanta desesperación. La verdad es que después de eso, todo fue muy rápido y no tengo palabras ni vidas para agradecer a Zulema y a Claudia todo lo que me ayudaron para que aquello fuera posible.

Estoy muy emocionado, no me puedo creer que me perdonara y que me pidiera que me casara con ella, ella a mí, algo que jamás hubiese imaginado.

Ella era sin duda la mujer de mi vida y no veía un futuro sin ella. Al principio me había imaginado que algún día tendría que marcharse, que no tenía el derecho de retenerla, que mi economía, tan dispar de la suya, no me permitía darle lo que se merecía.

Aun así, creo que hemos sabido sobreponernos a las circunstancias y hoy por hoy, si no cambia de idea de aquí a unas

horas será mi mujer. El sábado, contraeremos matrimonio aquí, en Cuba, un sueño para mí, tanto por la mujer con la que me voy a casar como el hacerlo en el lugar donde nací. Que haga ese sacrificio por mí, me indica que no se puede ser más noble y generosa.

Estoy muy nervioso. He alquilado un traje con el poco dinero que me quedaba ahorrado. Quiero estar lo más guapo posible para ella. El traje es ceñido, de un color blanco impoluto. Para mí es muy importante ir de blanco ese día, porque quiero demostrar a la persona con la que me quiero atar, que soy transparente, blanco, y que lo que ve es lo que soy, que no tengo dobles intenciones o caras.

Mi madre está muy emocionada, desde que la ha conocido, ella también se ha enamorado de ella y es que, ¿quién no se enamoraría de Ariadna? Es especial, es mágica, es mía.

Tenemos muchos planes, entre ellos, irnos a vivir a España, a su piso. Pienso buscar sin descanso hasta encontrar allí un trabajo y no parar de sol a sol, para devolverle todo lo que me ha dado y para que viva como una reina, mi reina.

Ella fue, es y será siempre mi más bonita casualidad. Aquella que siempre quise encontrar, pero que no esperaba para nada que fuera una española.

La verdad es que no me arrepiento de lo que ha ocurrido, puede que, de lo de Candela, pero nada más.

Me encantaría formar una familia con ella, tener pequeñas Ariadnas y pequeños Fideles que fueran mulatitos o mulatitas y que enamoraran allá por donde pasaran, aunque para eso todavía falta mucho. Como dice mi madre, “para correr primero hay que caminar”.

Me meto en la cama y espero a que salga del baño, la verdad es que me encanta dormir con ella y ya no me imagino no hacerlo en lo que me queda de vida. Cuando cierro los ojos y huelo su pelo, a mi mente vienen miles de sentimientos, todos cargados de felicidad.

Por ella iría al lugar más escondido de la tierra para poder mirarla a los ojos y decirle un “te amo”, para poder coger su mano y caminar a su lado por el sendero de la vida, y cuando ya seamos ancianos, que la tome de las manos y la mire con ternura para contarle que

este siempre fue mi sueño desde bien pequeño, que siempre me imaginé respirando el oxígeno de sus labios, sentir el tacto de su piel y morir por un beso suyo.

Y sí, puede que a veces me tilde de empalagoso, pero no me importa, quizá nunca lo fui hasta que la conocí, nunca lo sabré, pero ahora sí que sé que antes de exhalar mi último aliento, me despertaré con ella y le diré... “¿Lo ves? Te prometí que te amaría hasta mi último aliento y te dije que eras el amor de mi vida y no te mentí”. Ella lo sabrá, sabrá que todas las palabras, todas las miradas, todos los abrazos, todos los sentimientos, todos los besos, fueron mi manera de demostrarle que esos pequeños momentos a su lado son recuerdos eternos que quedarán grabados en mi alma.

Y entonces cogí papel y boli, ella todavía no había salido de la ducha, así que tomé un sorbo de su mojito preferido y le escribí una carta para que la leyera cuando su corazón lo deseara, así fueran veinte años.

<<Querida Ariadna:

desde que entraste en mi vida sentí que me había convertido en el hombre más rico de la faz de la Tierra, y no porque tuviera un boleto premiado, sino porque tenía el tesoro más grande que un pirata puede encontrar, “tú”. Desde el día en que nuestras miradas se cruzaron y tus gestos provocadores encendieron mi cuerpo y mi alma, sentí que ya no podría sacarte de mi cabeza y de mi corazón por más que lo intentara. Sé que no siempre hemos vivido en nuestro mejor momento, que las circunstancias en ocasiones han jugado en contra, pero tras aquel primer beso juré que por mucho que el viento soplara en contra, me mantendría firme y no dejaría que me tumbara. Los días pasan rápido a tu lado y a veces eso me da miedo, porque me gustaría parar el tiempo y vivir cada segundo de la manera más intensa posible, sobre todo, porque sé que cuando me vaya me habrán faltado años que disfrutar a tu lado, pero me quedo con esos “te quiero” y esos te echo de menos cuando hemos tenido que separarnos por algún motivo. Pero somos fuertes y nuestro amor lo es aún más, así que seremos capaces de vencer a todo lo que quiera truncar nuestro amor, porque nos merecemos nuestra historia, nos merecemos que el amor triunfe y

seamos esa historia jamás contada, que cuentes con tu pluma y sirva de referente para que el mundo siga creyendo en el amor y en que todo es posible si se quiere y se lucha, solo hay que vernos. Solo quiero decirte que eres mi ángel, el amor de mi vida, mi mujer, la madre de mis futuros hijos y que me voy a dejar la piel cada día para que seas la persona más feliz del mundo. Siempre, tuyo, tu mulato.>>



Capítulo 22

Ni que decir tiene como pasé los dos siguientes días, de los nervios y hoy... ¡Me moría!

Era viernes, a un día para la boda, ya habíamos hecho las entrevistas, ya habíamos entregado toda la documentación y teníamos la notaria donde oficiaríamos la boda al día siguiente.

Fidel estaba conmigo, esa tarde llegaban mis padres y nos fuimos al aeropuerto para recibirlos, cuando llegamos nos encontramos que Zulema, Claudia y las niñas estaban allí con unas pancartas que no se podía leer lo que ponía, las miré boquiabierta y nos echamos a reír.

Un rato después, aparecieron mis padres y comenzamos a chillar. No, no, no venían solos, me tiré al suelo a llorar. Estaba Dylan, Hugo, Paz, Ana, Carmen y Mercedes que vinieron en el otro viaje y... ¡Reme!

Joder y lo peor que Claudia y Zulema lo sabían y se habían callado como perras, mis adorables perras.

Mi padre me levantó del suelo y me abrazó, sin duda era todo mi apoyo, mi madre lloraba emocionada y los chicos, bueno, todos nos fundimos en un gran abrazo que echamos a arder la terminal.

Zulema y Claudia habían ido en un minibús de un familiar que les hizo un favor, así que todos volvimos ahí, aunque en este momento ya tenían reservado para todos algunas habitaciones en el Hotel Nacional, el más emblemático de Cuba y las chicas lo sabían, así que solo faltó ir a por la madre de Fidel e irnos para allá, desde allí saldríamos para el enlace.

Y eso que yo no sabía que mi padre se puso en contacto con Claudia y tenía todo más que organizado...

Esa noche lloré como una niña pequeña, ahora sí me reí con Dylan y Hugo a reventar, al igual que abracé a Reme mil veces, la anterior vez no pudo haber venido a Cuba, pero ahora estaba aquí.

¿Qué decir de Ana, Paz, Carmen y Mercedes? Se habían convertido en las amigas que no fallaban y ahí estaban, desde luego que lo que unía la literatura se afianzaba para siempre.

Esa noche prohibimos a todos beber alcohol, además, Fidel durmió con su mamá para vestirse de novio a la mañana siguiente, Zulema y Claudia en otra habitación con mis princesas, Hugo y Dylan en otra, mis padres en otra y Reme conmigo.



Capítulo 23

Reme se rio de los nervios con los que me había levantado, nos fumamos un cigarro en la ventana de la habitación y mi madre no tardó en llegar, yo estaba ya duchada y con el pelo húmedo.

—Mi niña, que feliz estoy —se acercó a abrazarme.

—Mamá, yo estoy de los nervios —reí.

—Yo también, yo también —dijo Reme.

—Pues anda que yo —negó mi madre riendo.

Mi mamá me peinó, me maquilló, con la suerte de que ella tenía una gran experiencia en novias ya que tenía un centro de belleza de los más codiciados de la ciudad.

El pelo con ondulaciones y suelto, dos horquillas a cada lado con flores naturales y el vestido... ¡Una preciosidad!

Además, una tienda de novia amigos de mi familia se encargó de ayudarla en elegir el más adecuado y vaya si lo fue...

—¡Es precioso! —exclamé emocionada al verlo puesto, de tirantes finos, en plan bohemio, cayendo suavemente por mi cuerpo con un precioso escote de barco.

Reme y mi madre no dejaban de llorar al verme vestida de novia, ellas estaban preciosas en estilo ibicencas, mi sorpresa fue mayúscula cuando llamaron a la puerta y entraron mis princesas, vestidas iguales, mi mamá se encargó de llevarle los vestidos para que fueran nuestras acompañantes.

Mi padre apareció para llevarme del brazo, se echó a llorar mientras las princesas iban delante de nosotros y Reme junto a mi madre se fueron para la notaria en un coche para esperarme en la puerta junto a Fidel, su madre y los chicos, o sea una parte de la tribu.

Fidel estaba guapísimo junto a su madre, Dylan y Hugo aplaudían emocionados al verme llegar y con ellos todas las chicas.

Un grupo cubano empezó a cantar las Habaneras de Cádiz y todos comenzamos a bailar antes de entrar al enlace, hasta mis princesas, mis preciosas descaradas que me tenían enamorada.

Fue precioso, emocionante y Fidel no dejaba de llorar diciéndome lo guapa que estaba, su madre me dijo unas palabras que se clavaron en mi alma...

“Cuando salgas por esa puerta, tendrás una mamá más que velara por ti como si fueras de mis entrañas...”

A llorar abrazada a ella justo antes de entrar, entre los aplausos de esa parte de la tribu.

La ceremonia fue graciosa, mis padres le habían dado a cada niña una alianza y, ¡que ojo!, nos quedaban perfectas, de oro labrado y las dos iguales con las que nos unimos como marido y mujer.

De allí fuimos a un restaurante que habíamos reservado para la celebración, un grupo cubano nos comenzó a cantar “Flor Pálida”, la bailamos ante los ojos de los nuestros y de todos los turistas, además de cubanos que se pararon para vernos e incluso grabarnos.

Nos reímos muchísimo durante la comida en la que no faltó de nada mi padre se encargó de ello, langosta para todos y de todo lo que había en aquel lugar.

La tarta la cortamos a ritmo de mi canción más especial de aquel lugar “Cuba Isla Bella”.

Dylan y Hugo estaban bebiendo como si no hubiera un mañana, lo peor es que arrastraban con mi padre con el que habían formado una unión bastante grande, además que era joven y tenía una marcha increíble.

Hablando de marcha...

Después del restaurante salimos por toda La Habana a beber y a disfrutar. Yo llevaba mi vestido atado a un lado, recorrido en las rodillas, el calor me pasaba factura y me lo puse así para aliviar un poco.

Dylan y Hugo bailaron con Claudia y Zulema, Reme con mi padre, me moría con ellos y mis chicas de España sonreían feliz y me decían lo bonito que había sido la culminación de aquello que comenzó ante los ojos de ellas.

Madre mía como terminamos ese día, hasta la ya mi suegra cogió un cebollón de mojitos que la tuvieron que llevar Hugo y Dylan de un brazo cada una al hotel.

Esa noche dormimos Fidel y yo juntos, nos devoramos a beso, hicimos el amor, no era solo sexo, en nuestras miradas y nuestra piel se podía sentir eso que nos transmitíamos el uno al otro.

Los siguientes días lo pasamos en el hotel, paseamos por toda La Habana para que lo conocieran los que no estuvieron la vez anterior como mi Reme, mi Hugo y mis padres.

Lo pasaron en grande, y llegó el momento de volvernos donde las lágrimas y abrazos con Fidel no eran de dolor, sino de tristeza y felicidad. Sabíamos que en unos meses estaríamos juntos y sin miedo a no volver a separarnos jamás...

¿Y qué es el amor sin una locura? Pues no lo sé, pero me daba igual lo que pensara el mundo, era mi vida y yo la estaba viviendo a mi manera, esa que me hacía feliz...



Epílogo

Tres años después...

Una brisa suave acariciaba la piel café de Camila, que venía de la compra con su cuidadora, Flora. No podía borrar la sonrisa de su cara y sus ojos brillaban con lágrimas que, vergonzosas, abandonaban su rostro en silencio.

Llegó a su nueva casa, todavía no se acostumbraba a ello, pero la verdad es que no podía negar que el cambio había sido para mejor y eso la hacía sentir maravillosamente bien.

Recogieron la compra en silencio y se sentaron en la mesa de la cocina con una taza de café en la mano. Flora parecía mirarla curiosa, sin atreverse realmente a preguntarle lo que se le pasaba por la cabeza.

—Suéltalo, que te veo ahí con los interrogantes en los ojos —
¿Por qué lloraba cuando veníamos para la casa?

—Por los recuerdos.

—¿Y eran lágrimas de tristeza o de felicidad?

—Un poco de todo. ¿Te gustaría que te contara una historia?

—Por supuesto, ya sabe que me encantan las historias, Camila.

—Esta es una historia muy especial, una historia de un amor fuerte, puro y real...

—Esas son las que más me gustan, las historias románticas.

—Bien, entonces te la contaré, pero mejor vayamos a sentarnos al sofá del comedor y cojamos la *tablet* que me regaló mi nuera, así podrás ver la historia con tus propios ojos.

—Está bien —dijo Flora.

Ambas se acomodaron, la charla iba a ser larga y tras tomar un sorbo de café, Camila se aclaró la garganta antes de explicar la

mágica historia que habían vivido su hijo y su nuera, aunque no le confesaría hasta el final de la historia quiénes eran los protagonistas.

—Lee la historia hasta donde yo te diga, después te contaré el final.

Flora va leyendo desde la *tablet* la historia que Camila había leído días atrás y había llorado durante más de una hora. La verdad es que no había sabido todo el sentimiento que ambos se sentían hasta que lo leyó en la pantalla. Le parecía una maravilla. Era una historia de amor hermosa, aunque con dificultades y eso le recordaba a la suya con Ernesto.

Ella había tenido muchas dificultades para poder estar con el hombre de su vida. Había tenido que lidiar con una situación complicada, hambre, una suegra que le hizo la vida imposible y un trabajo que la esclavizaba, pero todo compensaba con Ernesto. Fue el hombre de su vida, pero no estaba allí para contar su historia, sino la de su hijo y Ariadna.

Cuando Camila vio que Flora llegaba a la parte donde quería que parara, le retiró la *tablet* de las manos y entonces hizo otro café para ambas, para darle más tensión al ambiente y crear más intriga. Le encantaba el teatro.

Volvió de la cocina con el café y se sentó de nuevo en el sofá con una sonrisa en los labios. La verdad es que estaba encantada de que su hijo fuera el hombre más feliz de la faz de la Tierra.

Ella no se había enterado del supuesto embarazo de Candela y de que supuestamente el padre de ese niño era Fidel, pero finalmente se descubrió todo el pastel y su hijo no había procreado, por suerte, al menos con esa chica, a la que no quería.

Cuando ya todo pasó, su hijo se lo explicó. Al principio, Camila se escandalizó, pero después lo entendió todo y las piezas del puzle empezaron a encajar, sobre todo el hecho de que su hijo iba de un lado al otro como un alma en pena, deprimido, lloroso y con una tristeza impropia de él.

Cuando Fidel y Ariadna se arreglaron, el amor volvió a envolverlo todo. La luz volvía a brillar, su niño estaba más feliz que una perdiz,

el ambiente de la casa había cambiado por completo y no había nada que le gustara más a Camila que ver a su hijo feliz.

Tras todo lo ocurrido finalmente ambos cumplieron su sueño de casarse y nada menos que en Cuba, tal y como ella lo había hecho en su día con su marido, ahora fallecido, incluso le dejó su antigua liga, la que usó en su boda.

Ahora, tres años después de la boda de Fidel y Ariadna, va a contar desde su propia experiencia a Flora qué es lo que pasó después.

—Te contaré lo que pasó después Flora. Una vez Fidel y Ariadna se hubieron casado, ella tuvo que volver a su país natal, España. La verdad es que, como me imagino que sabes, es complicado salir de Cuba si no eres un extranjero, así que ella tuvo que irse sola. Fidel estuvo reuniendo toda la documentación necesaria para poder salir e ir con su mujer. La verdad es que ayudó bastante que se casaran para agilizar los papeles. Seis meses después consiguió todo lo necesario para poder marcharse.

—Eso es genial.

—Pero no todo fue tan sencillo. Sé que estuvo en una encrucijada por la situación de salud de su madre. No quería dejarla, sobre todo, por su problema, pero por otro lado debía vivir su vida con su mujer y ella no quería ser una carga para él.

—La entiendo perfectamente.

—La cuestión es que al final ella lo convenció de que se iría a vivir con su hermana para que nos cuidáramos la una a la otra y él pudiera ser feliz con su mujer en España. Y así fue, seis meses después pudo marcharse para estar con su mujer. Yo me quedé con mi hermana, como le prometí, pero no estaba del todo convencido de que fuera a estar bien y un mes después Fidel llevó a su madre a España con el dinero que había conseguido ahorrar.

—Me alegro mucho por ella.

—Hace un año, según nos explican en su historia, tuvieron unas mellizas preciosas y se llaman Zulema y Claudia.

—Oh, les ha puesto a las niñas el nombre de sus amigas cubanas.

—Exacto, sin duda es un homenaje muy bonito.

—Sí, muy mágico. Aunque hay algo que no logro entender. ¿Qué fue de la madre cuando llegó aquí a Madrid?

—Pues según parece, los enamorados le alquilaron un piso cerca de donde ellos vivían para tenerla controlada. Además, una vez en España, ella tenía mayor acceso a las medicinas que necesitaba y está mucho mejor.

—Pero todo esto me suena mucho...

—Es más que una historia, es natural, real, una historia de amor que traspasa los libros, que se puede palpar y oler. Quizá de ser solo una historia pasaría inadvertida, pero no es solo un cuento de hadas, es una historia en mayúsculas y se merece lo mejor.

—Ojalá hicieran una película para poder engancharme también visualmente.

—Sabes, les tengo envidia. Ojalá tu tuvieras también una historia de amor como la de ellos, ojalá yo encontrara un hombre que me quisiera tanto y me hiciera sentir tan especial como él le hace sentir a ella.

—Todavía puedes, eres joven. Te voy a meter en el *Meeting* ese Candela, ya verás como un galán sobre un corcel viene a por ti a lo *Pretty Woman*.

—Te lo agradezco, pero yo ya no estoy para esos trotes. Me conformo con estas maravillosas historias que hacen volar mi imaginación.

—Sí, la verdad es que, si no fuera por estas pequeñas cosas de la vida, todo sería mucho más aburrido.

Camila y Flora solo se conocían desde hacía una semana. Su hijo se había encargado de contratarla cuatro horas al día, por la tarde, para que le ayudara con las cosas de casa y le hiciera comida y cena, todo lo que pudiera hacer para ayudar a su madre.

Desde que Fidel y Ariadna habían echado raíces en Madrid y habían formado una familia eran de lo más felices, nunca había visto a su moreno con esa ilusión por enamorarse como cuando se encontró con su Ariadna.

Camila recordaba cuando la conoció. Se moría de ganas por localizar a esa chica que había puesto en mundo de su hijo patas arriba, pero lo que más quería era mirarla a los ojos, para ella eran

muy importantes, ya que eran el espejo del alma y quería saber si esa niña tenía buenas intenciones con su pequeño gran hombre. Él lo había pasado mal en el pasado y se merecía a una persona que lo quisiera, que lo cuidara y lo hiciera muy feliz.

Su niño se merecía que las cosas le salieran bien por una vez, ya que desde que su padre se había ido, todo había ido de mal en peor. Ahora, por fin, entre tanta tormenta y oscuridad, volvía a salir de nuevo el sol.

Pues la cosa es que cuando Camila conoció a Ariadna era exactamente como había leído, la novela le hacía justicia totalmente. Era una niña muy linda, de armas tomar, pero con un corazón limpio y puro.

Le gustó desde el primer momento en que la conoció, pero no quería ponérselo tan fácil, un hijo lo es todo y nunca se quiere que le hagan daño. Pero ella no quería hacerle lo que le hizo su suegra cuando se enamoró de Ernesto, así que siempre le puso las cosas fáciles desde que vio que iba con buenas intenciones.

A partir de ahí todo fue mucho mejor, aunque la pudo conocer solo unos pocos días, porque debía volver a su país, el tiempo que compartieron fue maravilloso, incluso Camila cocinó para Ariadna.

Ya habían pasado casi tres años desde que estaba en España y para ella era el mejor país del mundo. La gente era maravillosa, la comida ambrosía, los lugares que visitar eran de ensueño y aunque su corazón siempre estaría en Cuba, España ya la había enamorado.

Recordaba entonces, mientras le daba un sorbo al café, ya frío, cómo en una de las salidas que hicieron por la zona, la invitaron al circo. Camila, que pensaba que serían cuatro payasos haciendo gracia no esperaba para nada lo que encontraría.

Aquello fue como estar en el paraíso y ver ángeles. La gente que se sentaba a su alrededor desenchajaba cada dos por tres, aplaudía y vitoreaba. Aquella gente era impresionante; volaba, creaban espectáculo, representaban historias. Camila jamás habría imaginado que ese tipo de circo pudiese existir. Se convirtió en fan número uno al momento.

Tras ello, luego era ella la que pedía que la llevaran a muchos de los sitios a los que iba la pareja recién casada. La verdad es que ellos con gusto le abrían los grados y ella abría los ojos, por el asombro que sentía.

—¿En qué piensas, Camila?

—Pienso en la primera vez que fui a una feria aquí en España.

—¿Y cómo era la de Cuba?

—Sosa, con cuatro puestos para sacarte los cuartos y con suerte algún carrusel.

—¿Y qué descubriste aquí?

—Ay “mija”, me subí en una rueda de coche enorme que daba vueltas, pero no avanzaba. Era de lo más extraño, pero cuando estaba arriba del todo podía ver casi la ciudad entera. Fue muy emocionante y mágico a la vez.

—Sí, lo es.

—Había tanto por hacer que no me daba la vida para probarlo todo. Allí probé mi primer perrito caliente. La realidad, Flora, es que era reticente a probarlo, sobre todo porque pensé que un pobre e inocente perro había sido quemado vivo para que nos lo pudiéramos comer, pero cuando descubrí que no era así y me animé a probarlo fue una explosión de sabor en la boca, ya ves tú, un zurullo marroncito, todo lo que esconde en su interior.

—Eres de lo que no hay, Camila.

—Sabes una cosa, Flora, me alegro mucho de que mi hijo te contratara para que me acompañaras en el día a día, no habría podido escoger compañera mejor, eres excepcional.

Los ojos de Flora se llenaron de lágrimas y se abrazó a Camila agradeciéndole no solo las palabras que habían salido de su boca, sino que la hubiese aceptado sin juzgarla y que se hubiese portado tan bien con ella.

Flora era una mujer de unos cuarenta y cinco años que venía de Colombia y que se había echado la manta a la cabeza para venir aquí a trabajar y así poder traerse a sus hijos. Apenas se quedaba con dinero, todo se lo mandaba a su marido e hijos, es por ello por lo que Camila siempre pedía que hiciera comida para dos y así comiera con ella, ahorrándose la comida y cena y, además, Flora

dormía en la habitación de invitados del piso de Camila. Ella sabía cuan duro era vivir sin tener recursos o posibilidades, así que quería hacerle un poco más fácil la vida dentro de sus posibilidades, y Flora no sabía cómo agradecerse. Para ella, la persona a la que cuidaba era un ángel caído del cielo que venía a dar luz a su vida, justo lo que Fidel pensaba de su querida Ariadna.

—Flora, ¿te apetece dar una vuelta?

—Claro.

Flora se anotó a la autora del libro que acababa de leer para comprárselos todos, quería volver a sentir la magia de una historia de amor verdadero y se colgó el bolso antes de salir cogida de la mano de Camila.

Ambas salieron por la puerta y fueron directas a una perrera cercana. Camila tenía claro que quería un gato pequeño para su hijo. Siempre había querido uno, pero en La Habana era inviable, suficiente tenían con mantenerse ellos, como para tener que mantener una boca más, además ahora que las niñas habían nacido y ya tenían un año, estaba segura de que disfrutarían mucho del pequeño de la casa.

Ambas estuvieron más de dos horas visitando el complejo. La verdad es que se los hubieran llevado todos, es más, una parte del dinero que su hijo le daba mensualmente, con el trabajo bien remunerado que había conseguido, la destinaba a ayudar a perreras por toda la ciudad. No es que eso fuera suficiente, pero por algo se empezaba, el primer grano de arena ya estaba puesto.

Ven gatos de todos los colores, con todo tipo de pelaje, con rostros más suaves o con el ceño fruncido, más feos y más lindos, pero todo con muchas ganas de que les den cariño, al igual que todos y cada uno de nosotros.

Ella cierra los ojos metiendo la mano en una caja llena de gatos pequeños y la posa en el fondo de la misma, a la espera de que uno de ellos, el que esté destinado a estar con la familia de Fidel, esté con ellos.

Algo se posa en su mano y cuando abre los ojos para ver qué gato se le ha subido, ve que no es uno, como esperaba, sino dos. Mira a Flora y ella asiente con un brillo especial en la mirada.

—Parece que el destino ha hablado, uno será para ti y otro para quien tú elijas.

La verdad es que, en principio solo pensaba coger uno y no iba a ser para ella, pero lo que ha dicho Flora la hace reflexionar y decidir que uno se lo quedará ella y el otro para su hijo y su familia.

Tras los trámites pertinentes para que se puedan llevar a los nuevos compañeros de viaje, se dirigen a su nuevo destino. En ningún momento Camila informa a Flora del destino al que van a llegar.

Aprovechan y paran en una tienda de animales, en la cual compran areneros, comida, mouse para gato, porque son muy pequeños, leche en polvo especial para ellos y mil y un juguetes para que se entretengan.

La verdad es que ambas mujeres son muy parecidas y hacen un buen *tándem*. Camila sabe que ha tenido mucha suerte al encontrar a una chica tan buena y capaz, lo que no sabe es que Flora piensa que no podía haber encontrado una mujer mejor para cuidar, porque para ella esto no es un trabajo, sino un verdadero placer. Jamás nadie se lo puso tan fácil y jamás le dieron la oportunidad de ganar dinero trabajando a placer y no como una esclava de la sociedad.

Cuando consiguieron todos los productos necesarios para los gatos, por partida doble, se dirigieron a la dirección de su hijo, de Ariadna y de las niñas. Quería darle la sorpresa a Flora, que no se había dado cuenta todavía que Fidel y su nuera eran los protagonistas de la historia de amor más bonita jamás contada.

Y entonces llegaron al portal del edificio donde ahora su hijo tenía su vida con su familia. Cogen el ascensor, porque Camila ya no está para trotes con sus hernias discales, entre otras cosas, y lo de subir escaleras ya le es impensable, una pesadilla echa realidad y cuando salen del ascensor, pulsan el timbre de la puerta de Fidel y es Ariadna quien abre la puerta.

—Hola suegra, ¿cómo tú por aquí? —pregunta.

—Pues la verdad es que venía a veros y a traeros un regalito, “mija”.

—¡Ui! sí, tiene un regalo muy tierno —dice Flora, mientras pasamos dentro de la casa.

—Camila, tu hijo está en el despacho. ¿Os apetece un café?

—No mi “amol”, que ya llevamos dos en el cuerpo, pero gracias.

—Vida, ven a ver a tu madre, que ha venido a verte.

Camila lo ve salir del despacho con Zulema y Claudia. Ariadna cogió a Claudia y Fidel se quedó con Zulema entre los brazos. Flora los mira con una sonrisa en los labios, todavía no se ha dado cuenta.

—Flora, te presento a Ariadna Baker, las pequeñas Zulema y Claudia y a mi hijo Fidel, que ya lo conoces.

Flora abrió la boca antes de dejarla en forma de o y se dio entonces cuenta de qué es lo que le estaba diciendo. Camila asintió ante las palabras mudas de su cuidadora y esta última, sobrepasada por la información, derramó algunas lágrimas sabedoras de que la historia de amor más bonita que había leído jamás, podía ser tan real, como la que ella había tenido con su esposo y sus pequeños, los grandes amores de su vida.